

CARAS Y CARETAS



CINCUENTA AÑOS DESPUÉS CADA HISTORIA DEL ACTOR HÉCTOR ANSALDI TIENE ANCLAJE EN LA MÍTICA SALA DE TEATRO: DESDE EL SECUESTRO EXTORSIVO QUE LO MANTUVO UN MES EN CAUTIVERIO, EL DEMOLEDOR GRANIZO DE 2006, LAS NOCHES DESTINADAS AL PUNK ROCK Y LAS TARDES COLMADAS DE INFANCIAS CELEBRANDO SU GRAN CREACIÓN: PIRIPINCHO





HACÉ TODO ONLINE

**CREÁ TU PERFIL EN ROSARIO.GOB.AR
Y RESOLVÉ TODO MÁS FÁCIL Y RÁPIDO**

**PLAN DE
RECONSTRUCCIÓN
ROSARIO**



**Municipalidad
de Rosario**

STAFF

barullo

Director fundador

Horacio Vargas

Directores asociados

Sebastián Riestra

Perico Pérez

Colaboran en este número

Edgardo Pérez Castillo

Juan Manuel Mannarino

Alicia Salinas

Juan Aguzzi

Miguel Roig

Evelyn Arach

Alejandro Guerrero

Fotografía

Sebastián Vargas

Diagramación

Fabiana Colovini

Editor Web

Agustín V. Hoffmann

Seguinos en

www.barullo.com.ar

Facebook @revistabarullo

Instagram revista_barullo

Twitter @barullorevista

Contacto

barullorevista@gmail.com

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones

Sarmiento 825, Rosario

Imprimió

UNR Editora

Urquiza 2050, planta baja,

Rosario

contactounreditora@gmail.com

Editor responsable

Horacio Vargas

Registro de la propiedad

intelectual: 3055388



A MODO DE EDITORIAL



El Gato y la Liga de la Decencia

Horacio Vargas

Los encontré en la esquina de Pellegrini y Laprida, acá en Rosario. No recuerdo si salían de la farmacia de la esquina o del bar que está a metros. Era de noche. “Me dijo Reynaldo Sietecase que te gusta el jazz, tenemos que hablar”, me increpó el hombre, de anteojos enormes y voz con tono de garganta con arena. Su compañera observaba en silencio.

No recuerdo qué le respondí a ese hombre desconocido que me llamaba por mi nombre y me abordaba como a un amigo de siempre. Ese gran hombre era el gran poeta Mario Trejo y su compañera era Rochelle, la hija de Michelle, la mujer que arrastró al Gato Barbieri a Italia, al mundo, clave en la vida del saxofonista rosarino.

*

A siete días de secuestrada la copia cinematográfica de Último tango en París, el diario La Nación publicó una noticia fechada en Rosario informando que la Liga de la Decencia -cómo olvidar a nuestra entidad censora de todo los tiempos- había cursado sendos telegramas al juez y al ministro de Cultura felicitando por la prohibición. El que vio la película fue el médico siciliano Nicola Garnesi, un septuagenario que expiró en una sala palermitana, víctima de un ataque cardíaco. ¿Cuándo vi por primera vez Último tango en París, la pornográfica, la de la manteca, censurada por los almas decentes de la ciudad? Supongo que en El Nilo o el San Martín, los cines donde los pibes entrábamos a ver una de sexo (y de saxo).

AMBOS MUNDOS

El tiempo que te quede libre

Por
Miguel
Roig

En la película *La noche se mueve*, de Arthur Penn, Gene Hackman interpreta a un detective al que su pareja le propone ir a ver una película de Éric Rohmer ante lo cual Hackman declina la invitación argumentando: “Detesto a la *nouvelle vague*, es como mirar crecer un árbol”.

El filósofo australiano Roman Krznaric, en un su ensayo *El buen antepasado* (Capitan Swing) recomienda justamente eso: observar la vida de las plantas. Krznaric además de filósofo es jardinero. Krznaric sostiene en este libro que en el momento que más avanza la civilización menos piensa en su futuro. Hemos pasado, argumenta, a través de los años, de medir las horas a medir los nanosegundos. Cada vez vivimos más a corto plazo y no sólo en la cultura del tiempo, sino también en la bolsa, en el actual sistema financiero. Los políticos no planifican más allá de las siguientes elecciones y las empresas más allá de los siguientes trimestres.

No es nada difícil comprobar esta tesis. Como individuos estamos atrapados en el presente mirando la pantalla del celular. El largo plazo aparece cuando se contrae una hipoteca que da una perspectiva mínima o en esas personas que escriben una *playlist* para su propio funeral (hay gente que lo hace).

Krznaric evoca el tiempo en el que se construían catedrales.

Una vez, hace años, estando de visita en Rosario fui a la catedral y de repente sentí un leve mareo que me obligó a tomar asiento. A medida que recuperaba el tono vital me quedé observando la arquitectura del templo: la superposición de épocas y estilos. El altar mayor, neoclásico, construido con mármol de Carrara y traído por partes desde Italia en el siglo XIX; otro, gótico, más pequeño, desplazado a un lateral; la cúpula bizantina original del XVIII. En fin, diferentes edades de la Iglesia relacionadas unas con otras en una misma estructura. Entonces, pensé: ¿y si en lugar de un tenue mareo me hubiera desvanecido unos instantes y al recuperar la conciencia no consiguiera, a primera vista, situarme?

La dispersión se hizo cargo del interrogante. Me podría encontrar, por ejemplo, en una iglesia de Granada o de Lima; en la catedral de San Patricio en Dublín o en la de La Habana, o en la metropolitana de Ciudad de México o en la de Southwark en Londres. Todas las posibilidades estaban abiertas. La analogía con un *mall* americano fue inmediata. De Seattle a Santiago de Chile y de Dubai a Barcelona, el modelo del *mall*—cuyo sistema de organización podemos encontrar también en los aeropuertos y en algunas áreas de las grandes ciudades como la City de Londres o la de Buenos Aires, el Azca de Madrid o La Défense de París—es similar al modelo de globalización que desarrolló la Iglesia. Todos los centros comerciales son iguales, en todos encontraremos un Starbucks, tiendas de Calvin Klein y Gucci, un McDonald’s y un Burger King, cadenas de restaurantes italianos, chinos y japoneses, y, por supuesto, cines *multiplex*. Eso pensé entonces. Aquello que no se me ocurrió entonces, a propósito de la globalización que había alcanzado la hegemonía del espacio, es que al menos la Iglesia no había disuelto el tiempo como se ha logrado ahora mediante la tecnología.

¿Cómo se construyeron las grandes catedrales en Europa? Con una visión a largo plazo. Los que comenzaban el proyecto sabían que no lo verían. La idea de pensamiento de catedral es parte de la historia humana. Krznaric plantea recuperarla y no quedar atrapados en el corto plazo porque cuanto más avanza la civilización menos se piensa en su futuro.

Hay un torso de Apolo que se conserva en el Louvre que tiene unos 2.500 años de antigüedad. Es una escultura griega sin cabeza, brazos y piernas, pero el torso que aún se mantiene en pie brilla de modo tal que, escribió Rilke en su poema *Torso de Apolo arcaico*, “no hay un solo lugar desde el que no te vea”. Es un torso el que nos mira desde el pasado y nos interroga haciendo que nos preguntemos a nosotros mismos qué es lo que estamos haciendo con nuestra propia existencia. Un buen antepasado. En el último verso Rilke lo deja claro: “Debes cambiar tu vida”.



Lotería de Santa Fe

El compromiso nos une.

Dos años de música, solo música



Disquería & Club de Jazz

Rioja 1070, Rosario

 [club_de_jazz_rosario](#)  [paraphernalia.jazz](#)

HÉCTOR ANSALDI, CINCUENTA AÑOS DE CARAS Y CARETAS

Las aventuras de Piripincho

Es un símbolo del teatro y la televisión de la ciudad, pero su vida ha distado de asemejarse a un oasis. Extrañas historias han signado sus días, desde un secuestro extorsivo en la década del setenta hasta la errancia europea más bizarra. Como innegociable trasfondo, brilla una vocación sin fisuras. Anécdotas para no olvidar, y las cuenta todas

Por **Edgardo Pérez Castillo**

Fotos: **Sebastián Vargas**



Héctor Ansaldi no teme a los fantasmas del teatro. Al menos no al que habita, todavía, en Caras y Caretas. “Es el fantasma de la costurera asesinada”, explica el actor y director, que pudo dar con relatos certeros sobre ese crimen pasional ocurrido antes que la vieja casa de Corrientes 1518 mutara de pensión a lote abandonado. El fantasma en cuestión (simple costurera en una versión, prostituta francesa y costurera en otra) es parte de un universo que comenzó a materializarse un verano de 1973, cuando Héctor, integrante del grupo Teatro Universitario, cumplió con el pedido del director Mirko Buchín de conseguir un espacio donde montar un sainete a cielo abierto. Con destino de demolición inminente, y más de cinco años de desuso, la antigua pensión de Corrientes casi Zeballos sirvió para satisfacer la demanda del histórico director. Pero, sobre todo, para marcar el destino del joven artista que terminó haciendo de ese territorio su *aleph*. Cincuenta años después, cada historia de Ansaldi tiene anclaje en Caras y Caretas: desde el secuestro extorsivo que lo mantuvo un mes en cautiverio hasta la insana tiranía de Miguel Bebán; de la insólita nevada del invierno del 73 al demoledor granizo de 2006; de las noches destinadas al punk rock a las tardes colmadas de infancias celebrando su gran creación, Piripincho. Medio siglo de permanentes retornos, éxitos, alumbramientos, frustraciones, desazón y persistente independencia. Pero, sobre todo, una inmensa historia de amor al arte.

Y fue por amor, dice, que el arte entró en su vida. Hijo de un ingeniero civil y una artista plástica, a los ocho años Héctor escuchó el relato que su madre hizo del thriller policial *La bahía del tigre* y, de inmediato, insistió hasta lograr autorización para ver en directo la obra del británico J. Lee Thompson (que, poco después, sería nominado al Oscar por *Los cañones de Navarone*). La película, premiada con el Oso de Plata en el Festival de Berlín, deslumbró al muchacho. Pero, aún más, su protagonista, la joven Hayley Mills. Durante semanas, Héctor siguió esas imágenes en cuanto sala se presentara, y allí cimentó su deseo: convertirse, él también, en actor de cine.

Fue su padre quien le explicó las dificultades del caso y planteó el teatro como alternativa, sendero que comenzaría a transitar con entusiasmo en el colegio secundario y que sostendría en el citado grupo Teatro Universitario en sus tiempos de estudiante de arquitectura, única carrera en la que, dice, creía poder desarrollar alguna veta creativa. Y así la aparición de Caras y Caretas, que fue consolidándose como un espacio abierto a la creación y el encuentro. En los años previos al desastre, la convicción del espacio propio resultó esperanzadora para Ansaldi. Aun en días de total oscuridad. Esos que, cincuenta años después, ahora se atreve a contar.

La marca del secuestro

“En diciembre del 73 yo estaba preparando unos planos para rendir un final. Vivía en un pasillo largo, al fondo, mis viejos tenían la casa adelante. Una noche tocaron el timbre y no sé por qué fui a atender yo. Ahí apareció un tipo con un arma y me dijo que me metiera en el auto. ¡Yo estaba tan metido en la entrega que le dije que tenía que terminar el trabajo! En esa época no se sabía quién era quién, incluso había gente infiltrada en los grupos. Me subieron al auto, me hicieron tomar algo y me desperté atado en los tobillos y las muñecas, vendado. No sabía dónde estaba, pero el tipo que me cuidaba me dijo: «Quedate tranquilo, somos del ERP y pedimos un rescate»”.

La recompensa en cuestión era una cifra millonaria, en dólares. Tan exorbitante que le dio a Héctor la pista clara: alguien había equivocado el objetivo. “Los tipos pensaban que yo era hijo del dueño de un frigorífico donde mi viejo trabajaba como ingeniero civil –recuerda—. Entonces les dije que mi viejo nunca iba a poder juntar esa plata, que se lo pidieran a los dueños del frigorífico. Y, de paso, les dije: «Si pueden, ya que están, isáquenle algo para el teatro!»”.

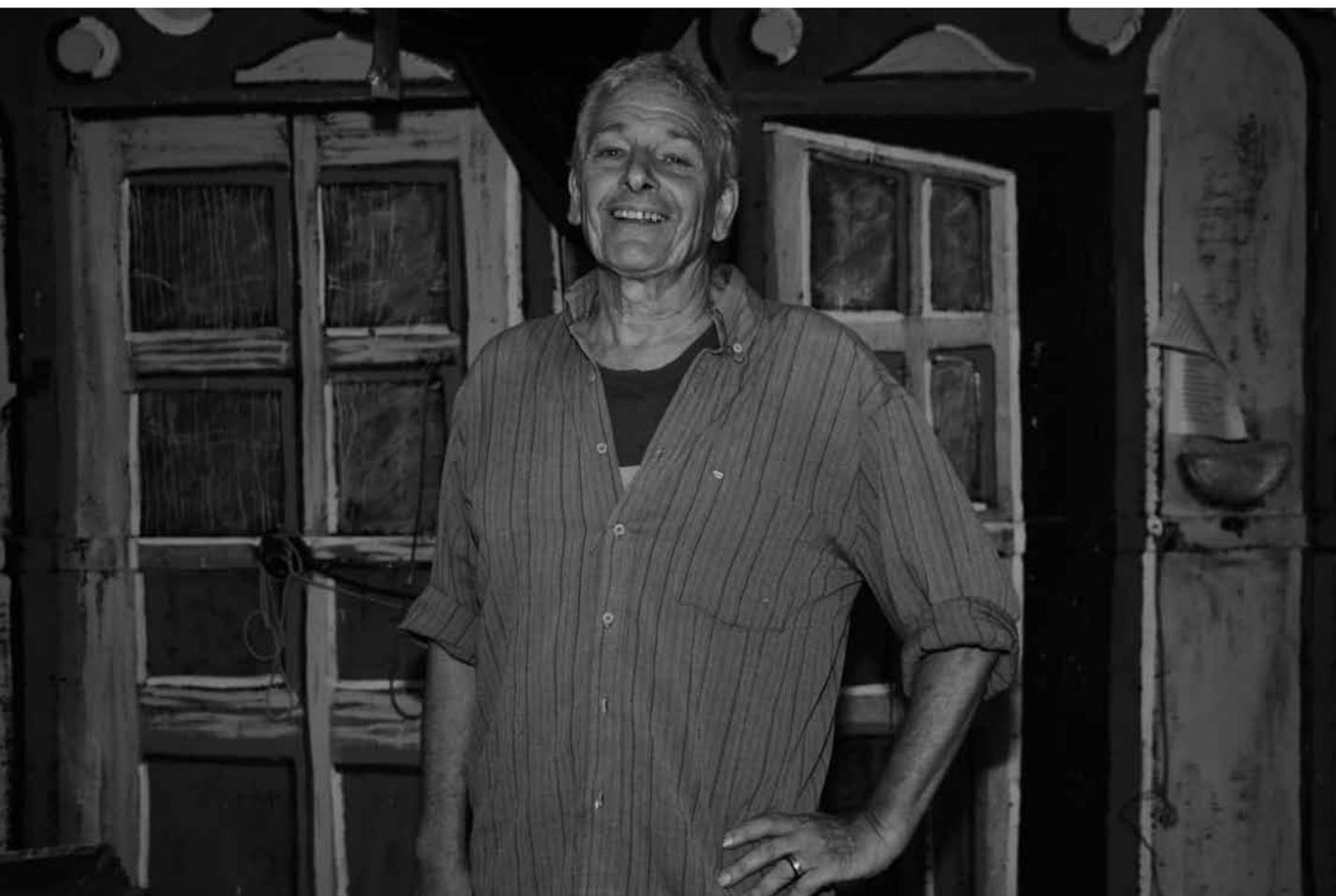
“Después de dos días el tipo que me cuidaba me dijo que me iban a matar, pero que él me iba a sacar –recuerda—. Me sacó las vendas, se puso una capucha y entramos a correr en un páramo. Era un ranchito en medio de la nada, había una laguna y nos escondimos atrás de unos árboles, donde íbamos a esperar que pasara un tren. Ahí me contó que él también se quería escapar. Estuvimos no sé cuántas horas, hasta que bajó el sol, pero empezamos a ver que detrás de la laguna aparecían tipos con armas. Después no sé cómo aparecieron atrás nuestro. Ya era de noche. A él se lo llevaron un poco más lejos y lo mataron. Yo me quedé ahí tirado esperando que me mataran a mí. Pero me volvieron a vendar, me pusieron lentes negros y un sombrero, me subieron al auto y me llevaron a otro lugar, donde fue peor”.

Si el trato del captor asesinado era cordial, el de sus nuevos celadores era simplemente amenazante: “Estaba vendado todo el tiempo, el tipo que me cuidaba me trataba remal, yo no comía (porque en esa época decían que había que tratar de no comer para asustarlos). Ahí me agarró la desesperación, me tenían con cadenas, como un perro. A medida que pasa el tiempo me hace cada vez peor pensar en eso: continuamente me amenazaban de muerte. Después me llevaron a otro lugar, donde ya escuchaba algunos murmullos. Se notaba que estaba en un lugar poblado. Se escuchaba que pasaba un heladero, yo escuchaba la música del heladero. Desde entonces cada

vez que escucho pasar un heladero me acuerdo de eso. Estuve unos días con la venda, después me la sacaron y se ponían ellos una capucha. Tenía un televisor a todo volumen en la puerta de la habitación, donde pasaban los programas de Rosario. Ahí me dijeron: «Ojito que tu viejo no denuncie, porque sos boleta acá». Me hacían grabar casetes que le mandaban a mi viejo, que a su vez le había dicho lo mismo, que no tenía de dónde sacar la plata que pedían. Cuando se dieron cuenta de que se habían equivocado, intentaron al menos sacar algo. Hasta que un día me dijeron: «Ya está con vos». Apagaron el televisor y me volvieron a subir al auto. En un momento me hicieron bajar, me pidieron que contara hasta diez y recién ahí me sacara la venda. Caminé, me saqué la venda y estaba en medio del barrio donde había ido a hacer mi primer trabajo de arquitectura, San Martín al fondo, entre unos monoblocks y casitas bajas. Lo primero que me pasó fue ver los colores, las cosas más brillantes. Descubrí que tenía plata en un bolsillo y me tomé un taxi. Llegué a mi casa y era un velorio: mi viejo había vendido un departamento de un ambiente que tenía, tiró una valija con billetes en una vía y no supieron más nada hasta que, ocho horas después, aparecí yo. Durante mucho tiempo no contaba nada de esto, era un tabú, ahora empecé a contar, porque supongo que esa gente ya está remuerta”.

Las enseñanzas del tirano y los golpes del para-Estado

Devuelto a la vida, al regresar a la casa teatro de Corrientes 1518 descubrió que el grupo se había disuelto. El Teatro Universitario había dejado de existir por diferencias de criterio. Junto a las personas de su entorno más íntimo, planificaron una reestructuración, construyeron el escenario y comenzaron a trazar proyectos. Entre ellos, la puesta en escena de *Las manos de Eurídice*, de Pedro Bloch. “Yo era muy joven para el personaje, no estaba muy seguro de hacerla y justo sale que iba a venir a Rosario Miguel Bebán a presentar esa misma obra. Me deprimí... si venía Bebán no podía hacerla, no me iba a poner a competir con él. Un sábado yo estaba en casa y me tocó la puerta el empresario de la sala Jaque Mate, que estaba en el subsuelo de una galería frente a La Comedia. El tipo estaba desesperado porque ya tenían la sala llena y no podían hacer la obra porque desde Argentores le decían que yo tenía los derechos. Yo había dado por hecho que no la iba a hacer, y se lo dije, pero tuve que ir a firmar la autorización: atravesé toda la sala, llegué a firmar y Bebán me dice: «Te agradezco mucho esto, ¿qué puedo hacer por vos?». Entonces le pedí que me dirigiera en una obra, porque no teníamos director. Ahí empezó el calvario con Bebán”.



La contraprestación a la autorización de derechos empezó a tomar forma al día siguiente, cuando el reconocido actor y director llegó a la sala y desplegó ante el grupo todo su carisma. “Como todo psicópata”, grafica Ansaldi, que desde su condición de referente se convirtió en foco central de los desvaríos del tirano.

La convulsión y la opresión también reinaban puertas afuera. Con Bebán como director, el grupo se preparaba para estrenar la obra *Pan duro*, versión libre de Ansaldi sobre textos de Benedetti, algo que sólo el grupo sabía. “Cuando estábamos por estrenar recibimos una carta anónima que, con letritas pegadas decía: «Advertimos no estrenar *Pan duro*». Ahí nos dimos cuenta de que teníamos gente infiltrada, porque yo iba mucho a la Vigil, con la excusa de buscar libros de arquitectura me quedaba en el quinto piso leyendo libros de teatro, nunca llegaba al sexto piso. En la Vigil tenías acceso a lo que querías, y yo fui a buscar a ver si había algo que tuviera que ver con *Pan duro*, que era un nombre que había puesto yo, pero no encontré nada. Entonces con total ingenuidad fui a preguntar a la Side. Me hicieron pasar, pregunté si la podía hacer y me dijeron: «¿A vos qué te parece...?»- Me empezaron a pegar, me tiraron al piso, perdí el conocimiento y aparecí en un banco de bulevar Oroño”.

La paliza tuvo dos consecuencias directas: por un lado, la cancelación de *Pan duro*; por el otro, el desenmascaramiento del tirano: “Bebán nos dijo que podíamos hacer una obra de él sobre textos de Chéjov y nos planteó cómo le íbamos a pagar. Nos juntamos a hablar en La Buena Medida y le propusimos pagar en partes iguales, incluso un poco más a él, pero el tipo tiró todo y empezó a gritarnos. Ese fue su primer acto: nos empezó a dominar por el miedo”.

Los límites de la dominación se fueron extendiendo a niveles cuasi delictivos. “Me acuerdo de un chico que terminó muriéndose de miedo. Era el que me acompañaba a buscar a Bebán cada vez que llegaba a Rosario. Una vez a este chico se le borró la grabación que se usaba en la obra. Llegó a la sala y tuvo que decirle a Bebán. Desde la otra punta escuchamos los gritos. Volvió pálido, sintiéndose mal, se fue a la casa, se enfermó y murió. En el velorio, Bebán ya estaba viendo quién lo podía reemplazar”.

Pese a que la obra funcionó muy bien, la situación se había tornado insostenible. “Un día maltrató a otro de los integrantes del grupo y ahí decidimos que no podíamos seguir con él. Después de la función, lo llevé a la estación para que volviera a Buenos Aires, nos reunimos con el grupo y decidimos que yo lo iba a llamar para decirle que no iba a seguir con nosotros. También decidimos que cuando volviera a buscar las cosas no me agarrara solo a mí en el teatro: en la obra había un hacha y decidimos esconderla por si le agarraba un brote. Le dije por teléfono que no iba

a seguir y le pedí que se contactara con la persona que manejaba la contaduría para arreglar los números. La cosa es que a las cinco de la mañana apareció en mi casa, me llevó a la esquina, me agarró solo y me hizo ir al teatro, buscó sus cosas y en un momento me preguntó: «¿Y el hacha?». Bueno, al final nos liberamos de Bebán”.

Serrano y un alumbramiento

Liberado de la tiranía, el grupo volvió a quedar acéfalo. Ansaldi propuso entonces a un viejo anhelo: Carlos Luis Serrano. Nacido en Cuba, Serrano llegó a Rosario siendo niño. Polifacético, fue hombre del teatro, la plástica y los medios de comunicación. Como Buchín, Serrano también había formado parte del Centro Dramático del Litoral. “Siempre quise que nos dirigiera y después de que se fue Bebán accedió a trabajar con nosotros, porque se dio cuenta de que estábamos superprofesionalizados. Con Serrano en 45 días armamos *El abanico*, de Carlo Goldoni. Y después hicimos muchas obras más, además de televisión”.

La referencia televisiva no es menor y la historia ya conocida: Serrano dirigía el programa infantil *Pepona Popina* en Canal 9 de Buenos Aires, y hacia allí fue Ansaldi con un papel que demoraría algunos días en tener su aparición. Por sugerencia del propio Serrano, para cobrar las jornadas de rodaje ingresó al set con lo que encontró a mano: una peluca, unos dientes postizos y ropas de distintos colores. Sin saberlo, el actor rosarino había alumbrado a Piripincho. El personaje de relleno comenzó a funcionar, Serrano empezó a escribirle líneas de diálogo y Ansaldi a darle corazón. Con el personaje convertido en punto de atención, el vínculo entre director y actor se rompió hasta alcanzar niveles judiciales.

“Serrano era muy soberbio y dijo que el personaje era de él. Como estaba en publicidad, tenía mucho poder en los medios y decía que el personaje era suyo. A mí Carlos me ayudó a hacer la primera obra de Piripincho (que en realidad se llamaba Pelopincho pero se lo tuve que cambiar por las piletas de lona), hasta que un día me dijo que no lo podía hacer más. Entonces eso tuvo que ir a juicio y fue terrible, al pedo. Pero se empezó a armar toda una jurisprudencia respecto a qué es un personaje. Mi abogada fue a investigar a Minguito, que tenía una cosa parecida. Y los de Minguito habían ido a Inglaterra a ver lo de Chaplin, que tuvo una cosa parecida: cuando el actor y el personaje son casi uno solo, la gente identifica al personaje por el actor. Entonces eso fue un poco lo que sentó jurisprudencia: se planteaban cosas como de quién es la mirada. Y a mí me reconocían mucho por la mirada. La cosa es que perdió guita Serrano, perdí guita yo... Después cuando Carlos estaba mal de salud fui a hablar con él. Yo lo quería mucho, agradecí todo

lo que hizo, y pude hablar antes de que se muriera. Ahora sueño mucho con Carlos, se aparece y está dirigiendo. ¡Por suerte, no me pasa lo mismo con Bebán! (risas)”.

-¿Qué te hizo pelear por el personaje?

-En ese momento estaba en plena carrera de Piripincho, yo quería hacer los saludos de buenas noches en televisión. Piripincho para mí es un personaje de televisión, pero nunca lo logré acá en Rosario, intenté hacerlo por mi cuenta pero perdí siempre plata, porque escribía, actuaba, ponía las luces. Lo llevé al teatro para darle la magia que tenía que tener, y tuvo suerte. Y tuvo suerte por Serrano, que era un delirante, en Canal 9 él llegaba y por ahí pedía doce mil kilos de harina para hacer como lluvia. Lo consideraban un delirante. Cuando hizo *La visita de la anciana dama* en el teatro San Martín le preguntaron qué que-

“Vivía en un pasillo largo, al fondo, mis viejos tenían la casa adelante.

Una noche apareció un tipo con un arma y me dijo que me metiera en el auto. No sabía dónde estaba, pero el tipo que me cuidaba me dijo: «Quedate tranquilo, somos del ERP y pedimos un rescate»”

ría, porque el escenario tiene muchas opciones. Y él dijo: «Quiero todo». ¡Y usó todo! Pero para hacerlo tenés que saber usarlo. Me acuerdo que me llevó a ver la obra, yo estaba haciendo el último año de arquitectura y mi proyecto final fue hacer un teatro (tomando al edificio de la estación de trenes de 27 de Febrero). Me mandé una delirada, con un teatro con agua abajo, las plateas y las butacas se podían poner alrededor del escenario, no sólo a la italiana. Entonces Serrano me llevó a ver la puesta en el San Martín y eso me sirvió mucho. Después me preguntaron de qué se trataba la obra y no supe qué responder: quedé tan deslumbrado con la puesta... Serrano era Fellini, más o menos”.

Ante la imposibilidad de continuar trabajando en la televisión porteña, Ansaldi volvió a Rosario y, de la mano de Piripincho, Caras y Caretas se transformó en una sala familiar. Héctor, y su mayor creación artística, estaban en casa. Al menos por un tiempo.

Sobre condes, burocracias y una vuelta al mundo

La década del 90 comenzó para Ansaldi con una mirada clara: “Me quería ir a la mierda”. La propuesta para pro-

tagonizar una adaptación del Quijote para televisión en Madrid (en la que interpretaría al Hidalgo en una novela que combinaba actuación con dibujos animados) y la posibilidad de realizar funciones en la sala que una rosarina dijo tener en Barcelona, llevó a la familia (Héctor y Vicky junto a Manuel de ocho años y la pequeña Irina) hasta España. El viaje permitiría también completar los trámites de ciudadanía que Héctor podía generar por línea materna. Pero, claro, el periplo no resultaría tan sencillo.

Porque la novela nunca se concretó en Madrid y el viaje a Barcelona resultó otra desilusión. “La mujer de la sala ni nos atendió, pero alquilamos un lugar en La Rambla y me decían que podía ponerme a hacer de mimo en la calle. Pero en ese momento, en el 90, era como un desfile de personajes siniestros, gente a la que le faltaban brazos o piernas, como una exhibición de eso, gente que adivinaba la suerte... Entonces me sugirieron ir a una agencia de payasos. Fui y me reservaron fecha para hacer función en una escuela”.

Como si Piripincho no fuera suficiente foja de servicios, Ansaldi contaba como antecedentes payasescos a sus instancias de formación con Jacques Lecoq y Marcel Marceau, además de la creación de la Escuela para Clowns junto a Marcelo Palma (antecedente ineludible a la Escuela de Artes Urbanas municipal). Con ese respaldo y tiempo libre previo a la función de prueba, Ansaldi partió a Busalla, pueblo de su abuelo materno, cercano a Génova, para reunir la documentación necesaria para la ciudadanía. El periplo resultó en un sinfín burocrático y en nuevas amenazas de cautiverio.

“En Busalla tenía que buscar el documento, *la cartolina*, pero para que me dieran eso necesitaba una dirección y para la dirección necesitaba tener un trabajo, aunque para poder trabajar necesitaba *la cartolina*”, explica Ansaldi, que cuando sugirió brindar una función a modo de trabajo, su condición de actor deslumbró a Carlo, el jefe comunal: “Ahí estuve todo un día, yendo de un lado para el otro, como si fuera Marcello Mastroianni, me llevaban de un lado a otro, para hablar con uno y comer, a hablar con otro y comer”. Entre tanto *mangiare*, Ansaldi logró dar con el paradero de una tía de 99 años que, en Torino, le permitiría empezar a reunir parte de los requisitos. Y, también, con la persona que le habilitaría validar el divorcio con la madre de Fausto, su primer hijo. Héctor, entonces, conoció al Conde: “Me llevaron a una especie de castillo, donde este hombre me iba a hacer una transa con un abogado de Torino. Ahí en el castillo había una mesa larga, con gente de la comuna, y el Conde tenía unos manebos, chicos jóvenes que estaban por ahí. Uno de ellos era colombiano y me dijo: «Capaz que te quiere agarrar a vos también. A nosotros, que no tenemos documento, nos

deja estar acá». Por suerte no pasó nada, pero tuve que comer un poco más... Me querían hacer quedar ahí, pero les dije que me quería ir, así que me llevaron a un hotel en la punta de una montaña, lo dejaron pago y se fueron”.

Liberado de la amenaza de un nuevo cautiverio, Ansaldi descubrió la belleza natural de ese poblado donde su condición de actor ya le valía cierta fama. Aunque no tanta como la que le valieron sus dotes de sanador. “Después de dormir en el hotel me fui a hacer los trámites a Torino. Cuando volví al pueblo, me fui a decirle a Carlo, el de la comuna, que quería quedarme ahí, trabajando de cualquier cosa. Entonces me llevó en la moto hasta su casa, otra vez a *mangiare*. Ahí estaba su mujer, una mujer grande, que me dijo que no podía mover las manos. Yo me había recibido de expresión corporal, así que le agarré las manos, le empecé a hacer como unos masajes y la mujer empezó a decirle al marido «Carlo, imuevo las manos!». ¡A partir de ahí me consideraron como un sanador! (risas)”. El operativo clamor estaba en marcha: Carlo le dio una casa amueblada y todo el pueblo contribuyó a pintar y poner en condiciones el nuevo hogar de la familia Ansaldi.

Héctor regresó a Barcelona para brindar la función que había acordado con la agencia de payasos e hizo allí otro descubrimiento: “El tipo de la agencia nos llevó en el auto, con la mujer, charlando. Llegué, hablé un poco con los chicos antes de la función, sobre todo por cuestiones de idioma, para ver cómo venía la mano. Después de la función, volvimos y en el viaje de vuelta, que era largo, el tipo no dijo una palabra. Llegamos a donde vivía, me dio la mochila,

vía... Yo estaba preparando una obra así que renuncié. Y se armó quilombo en la comuna. Había como una mafia ahí, y en un momento temí por Irina, que era chiquita y yo veía que me la sacaban mucho. El tipo este, Carlo, tenía otras nenas que no eran hijas suyas y me dio miedo de que se quisieran quedar con Irina. Así que ya estaba pensando en cómo irme, pero me terminé de decidir cuando me llamaron para la Guerra del Golfo. ¡No lo podía creer! Me llegó la cédula para enlistarme en el Ejército”.

Aunque escapar a la citación era más complejo de lo imaginado: “En la comuna no me pagaban con plata, sino con bonos de supermercado, entonces estaba como preso. No tenía forma de sacar los pasajes y no podía decirles a los de la comuna que me quería volver. Al final mi vieja consiguió acá unos pasajes por la empresa rusa Aeroflot. Nos fuimos a Moscú, de ahí a no sé dónde, dimos toda la vuelta... ¡Llegamos a la Argentina un día antes del que habíamos salido!”.

El regreso a casa y la frustración del microexilio

La repatriación significó volver, claro, a Caras y Caretas, que durante algún tiempo había sido alquilada a Walter Operto. “Después no sé qué pasó con Walter, porque yo no estaba, pero quedaron a cargo otra vez los chicos que estaban en el grupo –recuerda–. Y ahí fue la vuelta de Píripincho acá, que era lo principal, y después las cosas para adultos se adaptaban. Hasta que, en el 2000, me despedí”.

-En los 90, y primeros años del 2000, Caras y

“No tenía forma de sacar los pasajes y no podía decirles a los de la comuna italiana que me quería volver. Al final mi vieja consiguió acá unos pasajes por la empresa rusa Aeroflot. Nos fuimos a Moscú. ¡Llegamos a la Argentina un día antes del que habíamos salido!”

me pagó y me dijo: «Eso no es payaso, eso es comedia musical». Evidentemente payaso yo no era, fue horrible”.

Pero arquitecto sí era, y fue título suficiente para ser contratado en la casa de decoración más importante de Génova, aunque como empleado multifunción, situación que lo empujó a la renuncia. Con la familia ya instalada en Busalla, Héctor empezó a sentirse prisionero de un esquema complejo: tras renunciar a su trabajo en Génova, empezó a cumplir tareas diversas para la comuna, entre ellas las de aplicar sus habilidades sanadoras. “En el trabajo en Génova me hacían hacer cualquier cosa, cargar alfombras, diseñar muebles, armarlos y cargarlos. Un día me hicieron ir hasta Milán a llevar unos muebles que había diseñado, y los tenía que llevar sin saber bien cuándo vol-

Caretas resultó un espacio clave para la música under de Rosario, sobre todo para géneros como el punk o el metal.

–Sí, después no lo permitieron, por el sonido. Fue un momento duro, porque fue cuando se fue Fausto a España, fue muy doloroso porque él era muy compinche conmigo, fue un vacío terrible. Fue justo el año en que empezaron las bandas. El teatro en esa época estaba hecho mierda. En el 2001 ya había pensado en irme. Puse un cartel que decía “Se vende este teatro”. Al toque vino Manuel y me dijo que lo sacara. “Justo ahora se te ocurre vender”, me dijo. Así que me fui un tiempo a Córdoba. Tengo una casa, en un pueblo, adonde siempre me quise ir a vivir. En un momento estaba allá y fui a sacar 10 pesos del cajero,

que era lo último que me quedaba, para tomarme un café. Cuando saco los 10 pesos me decía que me quedaban diez mil pesos. Saqué de nuevo y de saldo tenía veinte mil. Saqué otros 10 y tenía 34 mil pesos. No entendía nada. Decidí sacar cien pesos, que ya era mucho ¡y de saldo me aparecían 47 mil pesos! Mi recuerdo del 2001 es ese: a mí me aparecía plata en el cajero y afuera estaban los cacerolazos en la plaza del pueblo, frente a la Municipalidad. Después me enteré que, con este lío del 2001, desde el Instituto Nacional de Teatro nos empezaron a depositar plata que nos debían, y eso estaba pasando en el mismo momento que yo iba sacando. Esa plata me hizo volver, porque era para el teatro. En el 2002 hicimos todas las obras nuevas, el escenario, camarines. Ahí ya no estaba más Piripincho, así que empezamos a darles más bola a las obras para adultos. Hasta que vino el granizo de 2006, que rompió todo el techo. Ya en el 73 con la única nevada que hubo en Rosario se nos había venido abajo un toldo que habíamos armado... Antes del granizo del 2006 veníamos de Cromañón, que hizo que tuviéramos que hacer muchas modificaciones. Después de lo del techo, estuvimos hasta 2009, cuando vendí la camioneta que tenía, la cambié por chapa, hicimos un techo más alto -ya con un arquitecto que sabía (ríe)- y tiramos abajo muchas cosas. Ahí ya quedó como está ahora, que agregamos un entrepiso para que Manuel pueda dar clases de canto”.

-Cromañón, lógicamente, marcó un quiebre en relación a los criterios de habilitación. Casi veinte años después, en principio la situación parece no haber mejorado, al menos en tus redes diste a conocer que los obstáculos siguen estando para poder funcionar. ¿Cuál es el límite?

-Claro, lo de Cromañón además fueron distintas etapas. Nos hicieron cambiar como tres veces las cosas eléctricas, que son carísimas, no había ningún aporte, los pagos del Instituto que siempre se atrasan. Y ahora con otras cosas, que se vencen cada cinco años... Pero nosotros ya veníamos funcionando, entonces ahora, ¿qué tenemos que hacer?

-¿Qué te lleva a persistir?

-No sé, a veces pienso eso, ya está... Tenés que gastar plata en contadores, para la Asociación Civil tenés que tener no sé qué cosas, terminás gastando plata que nunca entra, que si te la dan es menos de lo que gastaste en contadores y cosas que te piden. Ahora nos hacen pagar, y esto es muy absurdo, un impuesto para el turismo, que debemos del 2017 o 2018. ¡Pero nosotros en el 2020 y 2021 no pudimos trabajar!

-Pese a todo, Caras y Caretas se sostiene como sala independiente desde hace ya 50 años.

-Sí, nunca estuve involucrado con ningún gobierno. Yo



no tenía heladera porque prefería gastar la plata en comprar spots para el teatro. Eso lo hace un loco. No vi que nadie de los que estuvo acá hiciera eso. Creo que como artista... no sé... le doy prioridad a lo que me hace vivir. Me preguntan si yo vivo de esto y sí, vivo de esto porque sin el teatro yo no podría vivir. Prefiero no tener heladera (o lavarropas, porque después sí tuve heladera), porque prefiero comprar cosas para el teatro. A veces no comía, pero el hambre lo pasaba pintando las paredes del teatro. Era una cosa medio de locos, y ya después de cincuenta años me adviene como un cansancio, todo junto... Después, de Piripincho, lo que me hace persistir tiene que ver con cosas como cuando una vez, cuando estaba cansado de gastar plata en hacer unas cosas para televisión donde yo hacía todo, ponía las luces, grababa, todo, me pregunté para qué hacía eso y justo una mujer me mandó un mensaje diciendo: “Hace cuatro meses estoy en la cama de un hospital y a mí todos los días lo único que me estimula es que llegue la

hora de que empiece tu programa”. O cartitas de los nenes diciéndome cosas. Eso te da un empuje. Después, para el teatro, no sé... Creo que es como si tuviera un atelier, no lo veo como una empresa. Pero llega un punto en que no lo podés mantener. En este momento es terrible. Nos quitaron el subsidio porque nos quitaron la habilitación, pero hasta que no la tengamos no nos van a pagar, y mientras no sabemos qué hacer. Entonces, bueno, lo uso como atelier. En la pandemia me la pasé haciendo videos, tipo cine.

-Aun sin estar ligados a una gestión específica, los proyectos culturales independientes están igualmente influenciados por las políticas culturales. Después de cincuenta años, ¿qué mirada tenés sobre las políticas culturales de Rosario, una ciudad que se destacó por mostrar hacia afuera su fuerte valor cultural?

Ante la imposibilidad de continuar trabajando en la televisión porteña, Ansaldi volvió a Rosario y, de la mano de Piripincho, Caras y Caretas se transformó en una sala familiar. Héctor, y su mayor creación artística, estaban en casa. Al menos por un tiempo

-No sé... Hace algunos días fui a hablar con Dante Taparelli, no sé si porque él se interesó por los cincuenta años del teatro o porque se armó lío cuando publiqué en Facebook el problema con la habilitación. Pero él se comunicó conmigo y nos reunimos. Creo que es la primera vez, en cincuenta años, que siento que alguien se preocupa. O que se preocupó por contenerme. “No puede ser que vos estés así”, me dijo. Me preguntó qué necesitaba, le dije en principio que me pagaran las funciones que hicimos en septiembre del año pasado, pero eso siempre fue así. Después hace un montón de tiempo que no me llaman más desde Cultura. Hemos ofrecido un montón de cosas, también Manuel, pero nada. Cuando Dante me llamó sentí como una especie de protección, un interés que nunca antes había sentido. Igual también vi otra cosa, porque entendí que hay gente que está con la gestión, un grupo que está metido, pero no son todos... Como yo, que no estaba. Son vericuetos que uno no sabe. Tengo un chico colombiano, alumno mío, que está recontra al día, le pidieron una función y empezó a gastar en cosas, equipos y demás, pero después se enteró de que no le iban a pagar, que iba a ser un espectáculo a la gorra... Desde afuera, siento como

que se aprovechan del que va a la gorra, de las bandas que necesitan mostrar lo que hacen, y que por distintas razones resignan el pago. Entonces, la Rosario cultural es para algunos. Nunca vi además que las cosas sean reconocidas por los pares, por la propia gente de Rosario. La gente paga diez mil pesos para ver a Peppa Pig en el Broadway pero viene acá y se queja de que la función sale dos mil pesos, cuando los otros son una truchada, unos cabezudos que bailan canciones en playback... Eso tiene que ver con la política cultural de la ciudad. Empezando por la televisión, donde debería haber cosas de acá, como pasa en Córdoba. No sé, a lo mejor Piripincho pegó porque yo lo hice primero en televisión en Buenos Aires. ¿Por qué con Piripincho tengo la sala llena a la tarde y a la noche hago una obra para adultos y vienen veinte personas? Y soy el mismo actor y director. Hay algo.

-Bueno, pero supongamos que en un primer momento estuviera esa referencia de Piripincho en la televisión de Buenos Aires, aunque los chicos de ahora no tienen esa referencia. ¿Qué hace que el personaje trascienda generaciones?

-Bueno, cuando yo empecé con la primera obra de Piripincho, más allá de lo que había hecho en televisión, pensé en un personaje feo, que no produjera algo que no fuera la belleza, por eso lo del corazón de alcaucil. Pienso mucho en el Chavo, me inspiré mucho en el Chavo.

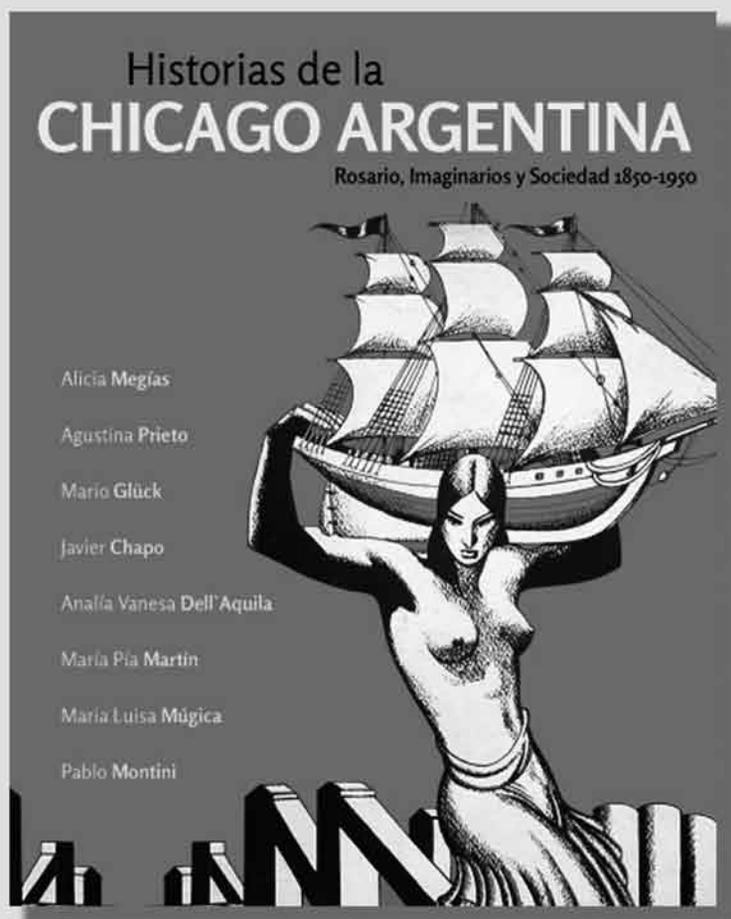
-Algo remite también a Juanito Laguna, el personaje de Berni...

-Sí, Juanito... También me inspiraba Felipe de Mafalda, Goofy de Disney, el Principito. Tiene cosas de cada uno. En ese momento yo pensaba en ir hacia un lugar que no fuera el niño cronológico, sino el niño ser humano. En las clases de clown lo que les digo es que no vengan a recibir nada de mí, lo que tengo que hacer es sacarles cosas para que aparezca el niño genuino, que en algún lado está. Para ese público escribía. Porque los textos que Serrano escribía para Piripincho no tenían mucho que ver con lo que después empecé a hacer yo. Lo comprobé cuando un día me quisieron asaltar: yo iba con la bici, estaba llegando tarde a un estudio de televisión de avenida Francia, que no podía encontrar. Estaba buscando y viene uno y me encara con un arma, pero yo no me di cuenta que la tenía entonces le pregunté si no sabía dónde había un estudio de televisión. Y el tipo, que venía con otro, empezó a decir: “¡Es Piripincho! ¡Mirá, es Piripincho!”. Y se terminaron sacando una selfie conmigo. Eso es lo que quería... Haber llegado a alguien que de golpe se transformó, que me dejó de robar porque le salió el niño auténtico... Cuando vos decías lo del rock: acá venían los punks, entraban a Caras y Caretas y se derretían: “Uh, yo venía de chico, parecía más grande...”. Y persiste.

NOVEDAD

Historias de la Chicago Argentina

Rosario, Imaginarios y Sociedad 1850-1950



Ocho trabajos de investigación que nos invitan a pensar las comparaciones entre las ciudades de Rosario y Chicago en la historia.

Disponible en librerías y en la web:

www.unreditora.unr.edu.ar

Entender.

Para saber dónde
estás parado.

LA CAPITAL

Informarse y entender.



ANDREA OSTERA, FOTÓGRAFA

La luz de entonces, la luz de hoy

Los reyes de España la descubrieron en febrero de este año, aunque su singular talento se había revelado hace tiempo. Tan cuestionadora y rupturista como sensible, su amor por los materiales la adhiere poderosamente al mundo

Por Evelyn Arach

Fotos: Sebastián Vargas

Andrea Ostera es una fotógrafa que rompe sus fotos. Sobreexpone el tiempo de la imagen en el laboratorio para que quede completamente oscura, o hace lo inverso y logra que la luz impida ver parte de ella. Desenfoca. No fija la imagen sobre el papel para acelerar el proceso en el que irán mutando los colores. Experimenta. Y convierte a la fotografía, nacida para captar un instante de la realidad y representarla, en

algo que cuestiona duramente esa función. La libera del yugo del referente. Los objetos fotografiados tienen otras lecturas. Son arte.

Ostera es la primera fotógrafa que posicionó a una galería de arte rosarina en la Feria Arco 2023, en Madrid. Con tanto éxito que en ella se detuvieron los reyes de España, atentos a su obra. Dialogó sobre su trabajo con los monarcas y se convirtió en noticia

nacional. “Tuve mis quince minutos de fama -cuenta-. Pero no me siento consagrada. En absoluto. No llegué a ninguna parte. Sigo en el viaje”.

La fotógrafa vive junto a su familia en una casona antigua ubicada en el centro de Rosario donde la luz está en todas partes. Ingresada desde los ventanales, desde el patio y se extiende por los pasillos y habitaciones. Las imágenes y los libros brotan de paredes altísi-

CAMARADAS

Nació en Totoras en 1967 y creció en Salto Grande. Se mudó a Rosario para estudiar ciencias políticas. A los 23 años presentó su primera muestra en el Centro Bernardino Rivadavia (hoy Roberto Fontanarrosa). Consistía en exponer una fotografía convencional y luego otra donde las partes de esa misma imagen estaban rotas y formaban un collage. Fue rupturista. Con apenas 25 años se mudó a Nueva York para participar del programa de Estudios Generales en Fotografía, en el International Center of Photography.

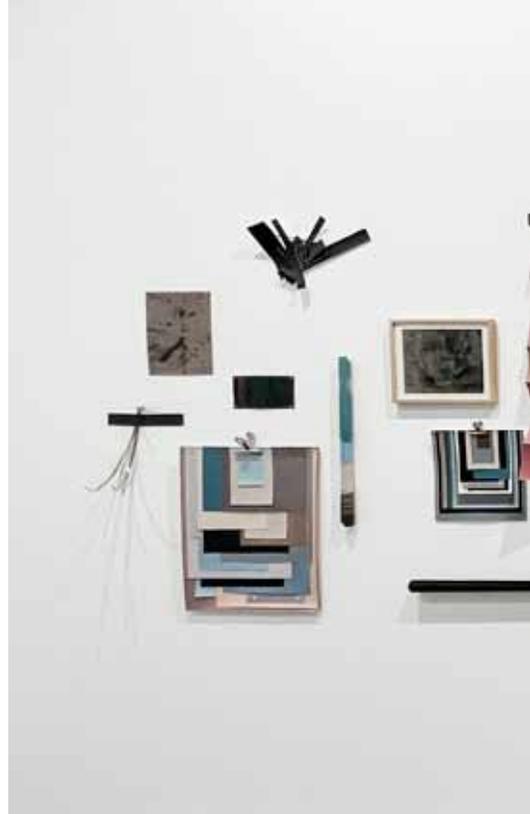
“Primero me presenté en un instituto ubicado en Düsseldorf, Alemania -cuenta-. Yo era bastante ignorante en términos de historia de la fotografía y crítica fotográfica. Quería aprender. Y me fue bárbaro. Me invitaron a ser parte de esa prestigiosa escuela, pero tenía que hablar alemán. Así que desistí porque me pareció un idioma muy difícil. Me postulé para el Centro Internacional de Fotografía en Nueva York porque manejaba mejor el inglés y me aceptaron. Pero era pago, costaba miles de dólares que no tenía. Se los dije y obtuve una beca”. Allí cursó durante 1992 y 1993. Seis años después volvería, también becada, para cursar una maestría entre 1999 y 2000. En 1997 ganó la beca Kuitca y en 2002 el premio Konex por sus experimentaciones fotográficas. Actualmente participa de encuentros nacionales e internacionales mientras planifica instalaciones artísticas en museos de Rosario.

Combina la creación con la docencia en la Escuela Municipal de Artes Plásticas Manuel Musto. Afirma que ese camino hubiera sido imposible sin el acompañamiento incondicional de Hugo Cava, su pareja y padre de Francisca, de 20 años, y Renata, de 17.

Su obra más icónica es 22 vistas de la casa de noche. Se trata de la ausencia

de imagen, es decir, lo contrario de lo que se espera de una foto. Frente a la casa, o en un cuarto oscuro de la misma, Andrea realiza 22 polaroids en las que no se ve nada. El negro absoluto en cada toma. Una cámara tiene sus limitaciones si hay ausencia de luz. La vista es nula o en todo caso imaginaria. Pero lejos de habitar una burbuja intelectual, Ostera defiende la participación colectiva. “Hay algo que vuelve cuando otro mira, porque uno solo no puede ver”, dice.

Y milita esa convicción con el proyecto Camaradas. Se trata de un grupo conformado por mujeres fotógrafas, activistas de la fotografía que construyeron dos espacios. Pequeña biblioteca y Amateur. Pequeña biblioteca logra darles visibilidad a fotógrafos de Rosario y la región que tienen publicaciones sobre su obra. Cada vez que son invitadas a una muestra, una exposición, una charla, las camaradas llegan con la biblioteca a cuestas: ochenta ejemplares. A veces, generan encuentros solo para que los amantes de la fotografía descubran esas producciones disímiles. “Autores de por acá, que merecen ser reconocidos porque publicar un libro de fotografía toma mucho tiempo y esfuerzo”, explica Andrea. Ella publicó el suyo en 2018. Incluye un repaso por treinta años de carrera y tres ensayos lúcidos sobre su obra. “Es un libro que no se puede leer de parado”, resume. Y es verdad, es hondamente reflexivo. Amateur, en cambio, busca rescatar los archivos de rosarinos y rosarinas que no han llegado a las instituciones y permanecen en archivos familiares, en el ámbito doméstico. Las fotógrafas ofrecen la posibilidad de dar circulación al autor e intentar que las fotos no se pierdan. El objetivo es noble: ganarle al olvido. Cada imagen se digitaliza y es publicada en una página web. Y también en Instagram, donde es posible contactarlas.



mas. Y el jardín urbano, de una belleza singular, forma parte de las muchas experiencias visuales sobre el paso del tiempo que la autora fotografía. Ella no siempre estuvo allí. Creció en Salto Grande, un pueblo que tiene poco más de tres mil habitantes, ubicado a 55 kilómetros de Rosario.

Llegó a la ciudad para estudiar ciencias políticas y obtuvo su título. Pero mientras cursaba la carrera un grupo de estudiantes la introdujo en el mundo de la fotografía. “Me alucinó. La primera vez que entré a un cuarto oscuro sentí que ahí había magia”, dice. Allí nació un camino propio que le abriría las puertas del mundo. Como la muestra que cautivó a Felipe de Borbón y Letizia Ortiz: *Doble*.

-¿Qué es *Doble*?

-Es una instalación donde recupero materiales antiguos con una particularidad: muchos estaban sin estabilizar. Eso quiere decir que iban mutando. Eran como fotografías sin fijar. A medida que pasaba el tiempo, los colores iban cambiando. Es lo que pasa de todos modos. Porque por más que uno tenga la fantasía de fijar una imagen de



forma permanente, eso no ocurre. Es posible que dure veinte, treinta, cien años... pero en algún momento va a empezar a perjudicarse. Entonces lo que aparecía en escena era el proceso acelerado de lo que de todas formas les pasa a los materiales.

-Y a los humanos...

-Sí, claro. A los seres humanos también. Cambiamos con el tiempo. Pero siempre se espera que la fotografía sea permanente y este trabajo desconsidera eso. A su vez rastrea una especie de linaje respecto a la tradición geométrica latinoamericana.

La abstracción geométrica es un movimiento que comenzó en la década del treinta del siglo pasado en el continente. Ganó espacio en la pintura, el dibujo, el grabado y la escultura. Ostera aplica esa estética a la fotografía con su propia técnica. Parte de la instalación consiste en una superposición de rectángulos y cuadrados de distintos tamaños y colores. Todos, sin embargo, logran asomar en el cuadro completo. Todos logran su espacio. Las técnicas utilizadas para la instalación son diversas. Algunos papeles datan de

principios de este siglo y entonces la luz que exponen es doble: la de entonces y la actual.

-Hiciste historia...

-Aclaro que no soy la primera artista rosarina en exponer en la feria Arco. Pero sí es la primera vez que una galería de una ciudad no capital como es Rosario llega a esa instancia y la primera que no es de Buenos Aires (**N de la R**: se trata de la galería Diego Obligado, ubicada en Pichincha, un espacio que sólo admite artistas locales o regionales). Nosotros sabíamos que los reyes se iban a detener ahí porque nos avisaron el día anterior ya que hay toda una cuestión protocolar de seguridad. Ahora, ¿por qué eligieron esta galería y mi obra? No lo sé. Es probable que la directora de la feria y los curadores del área hayan opinado. Para mí fue una enorme sorpresa. Gratisísima porque se trata de un reconocimiento. También estaba Fabiola Yañez, la primera dama. Les expliqué de qué se trataba la instalación y el rey Felipe me preguntó cómo conseguía todos esos materiales tan antiguos. Algunos de esos papeles datan de la década del 60. Le conté que

en realidad soy una cuidadora de materiales.

-No sos coleccionista. Los cobijas para darles nuevamente un destino.

-Claro. A esos materiales los había expuesto en el 2000 con otras obras, cuando estudiaba una maestría durante mi segunda estadía en Nueva York. Y era muy consciente de lo que había ahí. Por eso el nombre: *Doble*. Hay un acople de tiempos porque es la luz de hoy que se suma a la luz de aquel momento. Todo esto es un rollo conceptual que no se evidencia. Lo que vos ves es una superficie rosa que va mutando a gris. O beige que va virando a marrón.

-¿Cómo viviste el encuentro con los reyes?

-Yo no tengo ningún afecto particular por la monarquía o los reyes. Entonces no era emoción profunda lo que sentía. Pero sí tenía un gran sentido de lo extraordinario del momento. Sabía que probablemente nunca más iba a estar con un rey o una reina que me den la mano, me feliciten. Y tenía también mucha conciencia de que era una linda anécdota para contar.



**Hacemos
más de
2.000 obras
en toda la
provincia**

que generan más
de 20.000 puestos
de trabajo.

Hacemos.

Omar
PEROTTI
Gobernador

Santa Fe
Provincia

-¿Cómo es que los materiales de descarte terminan convirtiéndose en una obra de arte?

-Se trata de un gesto de hospitalidad. Trabajo con materiales que me han regalado. Con la decadencia de la fotografía analógica mucha gente cerró sus laboratorios. Entonces, ¿qué hizo con los químicos y los materiales? Se los dio a alguien. Así me llegan papeles que ya no sirven en términos de grises porque están velados, porque tienen químicos. Es decir que son papeles limitados en algún punto. Y lo que yo trato de hacer es enfrentarlo y decirle: ¿a ver chiquito, qué podemos hacer vos y yo juntos?

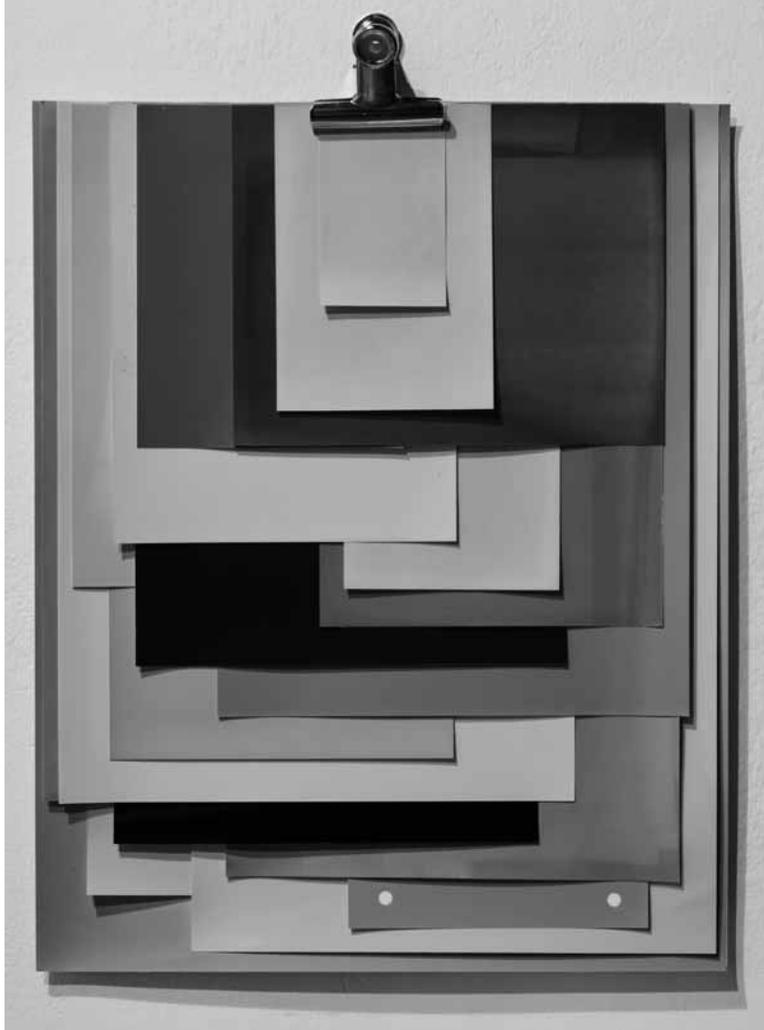
-¿Y qué hacés?

-Me pongo a disposición del material. Me fijo en lo que puede hacer el papel, invierto esta operación del autor como dueño de la obra y voy por otro lado, con más humildad. Como si le dijera: lo que vos puedas hacer va a estar bien. Aprendí a valorar esos papeles en su propia materialidad, a valorar sus características físicas (peso, textura, color, superficie), más que su posibilidad de ser soporte de una imagen.

-Eso también tiene mucho de filosofía a la hora de ver un mundo que considera fácilmente descartables a las personas. Ahí hay un concepto sociológico...

-Sí, totalmente. Y tiene que ver con la edad. Esto a mí no se me hubiera ocurrido a los veinte años ni a los treinta. Cuando pasé los cincuenta tuve otro punto de vista. Porque el futuro, que en un momento era larguísimo, ahora es más chico. Ahora no queda tanto tiempo por delante y entonces también soy mucho más consciente de cómo las cosas envejecen, incluida yo. Y trato de encontrar belleza ahí también.

-Hoy cualquiera saca una foto con un celular y la sube a sus redes. Es decir, la posibilidad de captar una imagen se democratizó, pero en algún punto dejó de ser una obra de arte... ¿qué te



pasa a vos con eso?

-Me parece que por un lado está buenísimo. Celebro que la práctica esté al alcance de todos. Y por otro lado, soy muy consciente de que eso ha producido una especie de anestesia. Hay como un hartazgo de las imágenes porque estamos todo el tiempo atacados por imágenes. Incluso parte de mi trabajo como docente tiene que ver con desarrollar o tratar de abogar por cierto espíritu crítico de la mirada. Presten atención a lo que están mirando, tómense el trabajo de estar presentes frente a una imagen, de darle el tiempo que necesita. Y también es necesario que seamos más ecológicos a la hora de producir. Cuántas veces sacamos la misma foto y después hay una sobrepoblación de imágenes. Por otra parte, la foto en papel hoy es una rareza. Un rollo de foto cuesta diez mil pesos y el papel puede salir hasta cincuenta mil... el exceso de lo digital lo volvió inalcanzable.

Esta postura, sin embargo, no la aleja de la digitalidad visual. Andrea Ostersa tiene Instagram. Y sus publicaciones serán parte de una exposición en el Museo Castagnino durante agosto, en el marco de la Bienal Sur. Se titula *Preferencias del sistema* y es compartida con Gabriel Valansi. “Es una muestra a partir de las fotos cotidianas que hacemos con el teléfono celular, y que después compartimos en Instagram. Se aloja al costado de la obra, es lo opuesto. Hay un registro de lo familiar, hay ironía”, explica la coautora. Lo conceptual y lo solemne quedan desplazados. De hecho, la descripción de la cuenta de Instagram de Andrea es: “Todos los lugares comunes”.

“Se trata de vivir dándoles lugar a la sensibilidad y a cierto espíritu creativo sin perder el asombro de las cosas más chiquitas... por ahí va la cuestión”, concluye.

PEDRO SABORIDO

“Si hay algo en lo que existe una identidad federal es en el humor”

Cáustico y lúcido, heterodoxo y multifacético, sus búsquedas transitan por caminos filosos que no lo privan de una cuota de merecida popularidad. En un diálogo a fondo con **Barullo** se refirió a dos de sus obsesiones: el peronismo y el capitalismo. Y expresó su admiración por aquel de quien es considerado un heredero, nada menos que Roberto Fontanarrosa

Por **Juan Manuel Mannarino**

Pedro Saborido respira. Con casi 60 años a cuestas y en su condición de trotamundos creativo más que de hábil comunicador social, la rutina es tan intensa como variopinta: de sus espectáculos teatrales como *Miguel Rep dibuja*, *Pedro Saborido habla* al podcast *La década sagrada* junto a Néstor Borri y Santiago Barassi; de sus columnas en *El mañana*, el programa de radio que conduce Mex Urtizberea, a cuentos y notas de opinión que escribe y publica en diversos diarios y revistas nacionales. La voz gruesa, la cara barbuda, la prosa irónica, lúcida y coloquial aparecen aquí y allá como un símbolo cultural de los últimos tiempos, guiando una serie documental sobre arquitectura en el conurbano bonaerense para Canal Encuentro o en esos célebres videos de Peter Capusotto que no dejan de circular por el éter de los algoritmos. La vida de “Saborido Peter” -su avatar en redes sociales, con miles de seguidores-, que por éxito de ventas está por lanzar la redición de su último libro, *Una historia de la vida en el capitalismo* (Planeta), transcurre en el ágora de los cafés bajo diálogos del saber popular; allí, en esos bordes ácidos de la oralidad

donde cualquier tema del presente se vuelve posible de ser relatado. Nacido en el conurbano bonaerense (Lanús, 1964), escritor, guionista, periodista y productor de radio, teatro, cine y televisión, y mientras está de gira por el país con sus espectáculos y charlas, Pedro Saborido hace una pausa y habla con **Barullo** sobre capitalismo, Roberto Fontanarrosa, los límites del humor, de cómo concibe el espectáculo, de los humores argentinos, del peronismo “inclusivo” y de su sociedad con Diego Capusotto, algo que -parece- está lejos de terminar.

-Tus últimos libros fueron sobre fútbol, peronismo y conurbano. ¿Por qué ahora el capitalismo?

-Me pasó que venía escribiendo sobre temas entrañables de los que formo parte desde mis afinidades: el rock, el fútbol, el peronismo, el conurbano. Y entonces me enfoqué en el capitalismo, que es más sobre la vida. Es como una fatalidad, no una elección: uno nace y ya está ahí, todo es ya de otro. Mi desafío fue escribir cómo el capitalismo está en nosotros, y cómo vivimos en él. Esos fueron disparadores para pensar nuevas historias.

-Algunos te han considerado como un heredero de Fontanarrosa, en Rosario es algo que se suele decir bastante. ¿Cómo te sentís con eso?

-No, no, eso de ser heredero del Negro es disparatado. ¡Ojalá fuera así! Supongo que el parentesco es por hacer libros de humor, pero son comparaciones muy grandes, tampoco es que siento ser heredero de él. Lo que sí siento es que no hay muchos libros editados en Argentina con cuentos de humor, y desde ahí tengo una identificación con su obra. Todo eso más allá de su superioridad ostensible, claro.

-¿Volvés a leerlo con frecuencia?

-Sí, por supuesto. Está siempre entre mis favoritos, como también releo los escritos de Alejandro Dolina porque es un gran escritor. Ahí están Woody Allen, cosas de Leopoldo



Marechal donde hay humor y, por supuesto, al mismo Borges.

-Un tema recurrente tuyo es el peronismo, ¿cómo aparece cuando salís de gira y recorrés las provincias?

-Todos los peronismos se definen como que son el peronismo auténtico de cada lugar, de cada lugar. El peronismo de alguna manera nació en Capital pero después se expandió por todo el país y tiene características singulares según de qué parte estemos hablando. No es algo unívoco, cerrado, hay luchas y peleas, por eso es apasionante. Por ejemplo, hablando de Rosario eso es sumamente complejo, porque en su cultura hay años y años con una tradición socialista muy fuerte que no se da en otros lugares del país. Cada peronismo tiene el color del lugar que habita.

tiene, y listo. Me parece que parte de manejarse con humor es respetar a aquellos que no lo tienen. El tema es ver si alguien tiene otra forma de humor que no es lo propia. La vida es como es y uno tiene que pensar la manera en la que se trabaja con esa persona que carece de humor o simplemente no coincide con el tuyo. A veces cuando uno escribe y hace guiones, hay gente que no le gusta o no entra en el código y está bárbaro. Lo que queda, entonces, es construir con aquellos que sí tienen puntos de contacto. La astucia y la gracia, de todas maneras, es de qué forma llegar a los que no están en tu misma frecuencia. Esa es una linda aventura.

Es un miércoles lluvioso, de mañana, y Pedro Saborido toma un café en el bar El Torreón III de Belgrano, en Capital Federal. Está sentado en una de las mesas de la vereda, solo,



CARLOS PAZOS

-¿Y existe algo así como un humor argentino?

-Hay humores en todos lados, y esto de considerar el humor porteño como algo nacional termina siendo un problema. Si hay algo donde existe una identidad federal es en el humor. En ese sentido es que existe un humor rosarino, no tan famoso como el humor cordobés, pero es mucho más conocido que supongamos el humor neuquino, porque en su tradición hay emblemas como Fontanarrosa, Olmedo, como en Córdoba podemos hablar de la revista Hortensia. Pero el humor no es un cúmulo de logros o emblemas, y en todo el país hay mucha gente anónima con humor. Y gente que carece en absoluto de él.

-¿Qué hacer con la gente que carece de humor? ¿Hay posibilidades de engancharla o es un terreno perdido?

-No se puede acusar a nadie de no tener humor. No lo

apenas refugiado por un alero. Habla con aire distraído por teléfono. Las gotas salpican levemente sus zapatillas pero a él no parece importarle. Vestido de jean, camisa, piloto verde y con los anteojos redondos y gorra que son su marca de estilo, Saborido no puede evitar el chiste. Lo primero que hace, en efecto, es reírse de sí mismo. Diserta sobre su tupida barba blanca, tan crecida que se asombra por cómo cubre su rostro. “Para mañana parece que me la voy a afeitar”, dice con su voz metálica, esa que los seguidores de *Capusotto y sus videos* conocen de memoria.

Habla del espectáculo junto al humorista gráfico Miguel Rep. En realidad -aclara- no se trata de un show en el sentido estricto de la palabra. Lo define como una suerte de “charla dibujada”: una idea que surgió de presentaciones de libros en común, en conversaciones de pasillo. “Y entonces fueron apareciendo temas que fuimos hilvanando, aunque

aparentemente no tuvieran nada que ver -explica, ahora con mirada seria-. Todo en definitiva se va relacionando y es ahí donde aparece el humor, hay cierta reflexión más cercana a la duda que a la certeza. Y mientras hablo con el público, Rep va dibujando, sin saber qué le sale. Y siempre es hermoso, poético, gracioso”.

De un tiempo a esta parte, Saborido se ha transformado en una figura del humor político argentino con una trayectoria ciertamente anfibia, pasando de la radio a la televisión, de la televisión al teatro y del teatro a los libros. Además, trabajó en otros campos: fue técnico de sonido en películas memorables como *Esperando la carroza* y *Los chicos de la guerra*. Formado con Omar Quiroga en Radio Mitre y FM 100, con Tato Bores en su histórico programa *Good show* -donde conoció a Marlene, su pareja, con la que vive hace 27 años-, y siendo uno de los artífices de *Todo por 2 pesos*, hubo un antes y un después para el cerebro de los ciclos televisivos junto a Diego Capusotto: la consolidación de un artefacto humorístico que mutó en radio, libros y hasta una película en 3-D, y que convirtió en emblemas de la cultura popular a personajes como Pomelo, Micky Vainilla, Violencia Rivas y Bombita Rodríguez.

Hoy, Saborido está cansado que le sigan preguntando sobre el posible fin del ciclo. Por el contrario, dice que “están más vivos que nunca”, armando contenidos para un nuevo formato. “Lo que pasa es que Diego -por Capusotto- está metido con el teatro, lo que hace en su obra es realmente bueno, como hizo con el protagónico de *Tadeys*, la obra de Osvaldo Lamborghini dirigida por Albertina Carri y Analía Couceyro. Pero hace tiempo estamos elaborando un próximo laburo audiovisual. No sabemos todavía si va a ir a la televisión, a las redes o como especiales en alguna serie”.

La lluvia arrecia y Saborido vuelve a hablar sobre su dupla con Rep. Sabe que su principal obsesión es el peronismo y no esquivo el tema. Sin temor de caer en la recurrencia, prefiere hablar de un “peronismo inclusivo”: una invitación a desmontar, desde el humor, el espacio de la famosa grieta. Lo explica con sus propias palabras: “Mucha gente supone que si no es peronista o kirchnerista no tiene mucho que hacer en la charla. Pero no es así. Es algo que podés ver y escuchar estés en el espacio político que estés. O no estés en ninguno, lo cual, obviamente, es estar también en un espacio político. De eso también damos cuenta. Los lugares donde estamos parados. Y que a veces nos encierran. Por eso también esta charla dibujada, que es en parte desde el peronismo. O desde una de sus variantes. Es peronismo inclusivo”.

De los encierros ideológicos. De los lugares donde cualquiera asume una posición, de los lugares donde cualquiera defiende una identidad. De los espacios que fanatizan y excluyen la autocrítica. Allí, en efecto, la lucidez de Saborido se mueve como pez en el agua: pocos han ejercido tamaña sutileza en la arquitectura del humor para demoler

los estereotipos de la construcción cultural, de la solemnidad militante, del fervor irracional. Casi no existe, en su mirada, ninguna excepción: de la derecha recalitrante al rock, del progresismo al culto barrial, del peronismo a la religión.

Pero no implica, en rigor, que todo signifique lo mismo. Saborido, que se autodefine como “un poco comunista, un poco hippie, un poco peronista, siempre diletante y autodidacta”, piensa en una zona de exclusión para los intolerantes. Sin ir más lejos, Rep fue amenazado cuando presentaba su libro *Evita, nacida para molestar*. El hecho fue promovido por el grupo Nueva Resistencia Peronista, el cual entendía que se laceraba la figura histórica de Evita.

“El peronismo inclusivo se refiere a sortear la grieta -amplía la reflexión-. Grieta hay acá, en Bélgica, en todos lados. El tema es cómo la tramitamos. Y el límite está cuando nos topamos con un racista, un psicópata, un pederasta, un asesino, un nazi. Ahí no hay diálogo. Lo otro es decirle a la gente: «Che, ¿querés venir a conocer esto?», y podemos charlar, nos divertimos. La cuestión es cuando entramos en el territorio del odio. Porque las diferencias van a estar, no hay manera de que no estén, simplemente hay que tener respeto y tramitarlas”.

No cualquier mensaje, dice, es posible en el humor. Hay límites. Insiste en ser contundente: “A la incorrección política no cualquiera la ejerce con altura. En nombre de esto, uno tiene que tolerar mediocres y estúpidos que lo único que tienen para ofrecer es una audacia módica incursionando en cierta incorrección política. Entonces aparece un coro de estúpidos adherente a ciertas incorrecciones políticas y entonces un xenófobo, un facho o un psicópata pueden encontrar un lugar para destacarse un poco”.

La certeza de que no existe certeza, según Saborido: sólo delicado equilibrio y tensión entre verdades que chocan. En cada historia que cuenta, el humorista prefiere no tanto la posición del autor omnisciente o del intelectual, sino de un observador que recoge mitos, leyendas y realidades de la cultura popular para desplegar su talento como narrador de paradojas, de ironías de la historia, de épicas contrariadas. Aparece la literatura deportiva -con su imperdible libro *Una historia de fútbol*-, la picardía en estilo argento -*Peter Capusotto, el libro*- y por supuesto, el magma de lo político -*Una historia del peronismo*-.

Sin embargo, a Saborido no le interesa asumirse como un escritor de profesión. Dice que no tiene procedimientos fijos. Que la forma, el método, se aplican según el momento, según la idea. Como una caja de herramientas. A veces camina por la calle pensando cosas sueltas, sin sentido; otras, se sienta en la computadora y escribe toda una noche sobre una idea. Pueden pasar minutos, horas, hasta que aparece algo convincente.

“Cuando hago algo, simplemente quiero hacerlo bien y que llegue a la mayor cantidad de gente posible -piensa, y se esfuerza por no sonar edificante-. No me pongo la expectativa

del éxito cuando se me ocurren las cosas. Los libros por suerte se venden bien, pero tampoco la pavada. No es algo que plané, lo tomo con agrado. Muchas veces me dicen que soy un boom, pero no lo creo ni sé cómo se maneja eso”.

Dice emocionarse cuando se cruza con gente. Es su entretenimiento favorito. Prefiere saturarse de gente, explica, para luego tener la necesidad de estar solo. Busca charlar, intercambiar opiniones. La materia prima de su trabajo, en rigor, radica en ese movimiento: de allí surgen guiones, textos, contenidos. Saborido se la pasa deambulando por la ciudad. “Como no tengo algo fijo en lo laboral -dice, a la vez que sale del bar hacia la estación de tren en Belgrano-, tengo todo bastante desordenado. A veces ese caos se vuelve pesado. Pero la mayoría del tiempo lo disfruto”.

Vive en Belgrano junto a su mujer y sus dos hijos, Dante y Sofía. Se recibió de técnico electrónico, estudió cine pero siempre quiso ser músico, psicólogo o médico. Ganó varios Martín Fierro, algunos premios Clarín y un Konex. No tiene otro hobby que su trabajo y el pasar tiempo con su familia y con amigos. Le gusta ir al teatro, ver a su equipo de fútbol, Racing, y escuchar música -“últimamente le presto atención al hip-hop”-.

Pero, por sobre todas las cosas, leer sobre historia. “La historia me gusta porque es como recordarse la vida de uno pero prolongada -define, a secas- Todo lo que pasó antes que nosotros es parte de nuestra biografía. Es tanto que no lo podemos abarcar todo. Pero siempre busco la conexión con el presente, sorprendiéndome de las cosas que coinciden y de las que somos hijos”.

Saborido revisa su celular. Pronto tiene una reunión en el centro de la ciudad y apura el paso. Pasa a otro de sus temas favoritos: la comunicación política. Dice que cuanto más se politiza la vida, más se cuida la relación entre los seres humanos. Que la política trae menos violencia. Que, en realidad, la violencia política es una contradicción. La violencia -define- es la ausencia de la política. Y la política es la participación: cuando las personas hacen política, abandonan la indignación. Se involucran.

-La política salva -dice, mientras ve pasar a la gente esquivando charcos por la calle y ríe como un niño-. Pero la política debe ser rescatada de la idea nefasta de ser de unos pocos para que sea de muchos. Esa es la mejor manera de que todo sea más transparente.

-¿El humor a veces no frivoliza la política?

-No debería hacerlo. El mensaje peligroso es burlarse por burlarse, dar el mensaje de que la política es algo malo, de que los políticos son perniciosos. La política tiene que volver a ser valorada. Porque del desprestigio de la política puede derivar el desprestigio de la democracia.

Saborido llega agitado a la estación de tren. Y mientras espera, de pie, un hombre pasa cerca y lo saluda como a un

CUÁNTO DISTURBIO MENTAL

“Treinta relatos «gozosos» que muestran cómo el capitalismo está dentro nuestro, influye en lo cotidiano y en todos los estados de ánimo. Y nos entusiasma o deprime cuando sentimos que no hay salida, lo cual hace indispensable este libro donde se pueden encontrar alternativas para seguir buscando la felicidad en comunidad, es decir que es un mapa para poder encontrar la luz, o algo así, y coso”. Con esa presentación más al estilo de un libro de autoayuda que a uno de humor, Una historia de la vida en el capitalismo es la continuación de una forma narrativa que el escritor empezó con la serie Una historia del fútbol, Una historia del peronismo y Una historia del conurbano, relatos breves y pícaros donde juega con su habilidad de un lenguaje plebeyo, con diálogos y pensamientos que vuelcan lo más sutil del registro oral sin nunca perder una amplia referencia de recursos intelectuales en las aguas de la “argentinidad”. Desde frases como “la subsistencia nos marca un camino. A partir de allí, puede decorarse con gustos y vocaciones. Sin embargo, muchas veces se le exige mucho a lo que el destino puede ofrecer”, hasta una cita de Borges (“el libre albedrío no existe. Pero hay que vivir como si existiera”); desde momentos pretendidamente ensayísticos como “vivimos un mundo hiperconectado donde la esfera de lo público y el mundo privado se fusionan. Se gestó una cultura del trabajo en red que, a su vez, extiende la jornada laboral y se multiplican los trabajos precarios en un mundo que exige ser hiperproductivo”, hasta una separata de “análisis y reflexión” con diálogos como este:

-Porque siempre falta algo, entonces siempre va a haber otra cosa por desear. La moda es eso. El deseo de diferenciarse de unos y ser como otros es un deseo que nunca se satisface.

-Oh...cuánto disturbo mental.

-Sí. Y esa gente vota...

-Perdón, ¿se refiere al voto calificado?

-No me hagás hablar.

vecino. Saborido dice que le vuelva a dejar su número, que hace poco se le desprogramó el celular y perdió contactos. Aunque parezca fuera de los ritmos que impone la tecnología, dice que prefiere pensarse como alguien integrado a esta época.

-En tiempos de inmediatez, sólo queda insistir. Apostar a seguir produciendo contenido y tratar de expresarse. No quejarse sino asumir que la realidad te marca y te desafía. Indignarse es mostrar impotencia y perder el rumbo.

-¿Y cómo sería eso?

-Lo que da asco, lo que aburre y lo que horroriza es la mitad del universo. Queda la otra mitad y ver cómo mierda seguimos adelante.

OLIVA LIBROS

Rosarina y con nombre de poeta, ya es mundial

Fue elegida por una escritora estadounidense como una de las 150 librerías del planeta que es preciso visitar antes de morir. Apuesta sin dudar al papel, al patrimonio histórico, a la poesía. Y no deja de crecer

Por Alicia Salinas

Sebastián Vargas



Oliva, comandada por Natalio Rangone, está ubicada en Entre Ríos al 500.

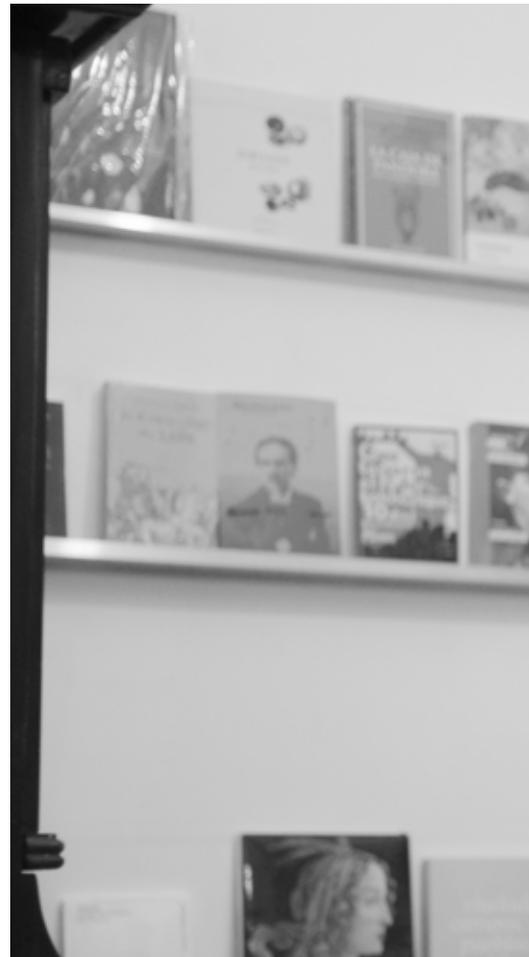
Decenas de libros, acaso cientos, se perfilan detrás de la vidriera que lleva el apellido de un poeta -no hace falta creer en la energía de los objetos inanimados para sospechar que son los propios ejemplares los que invitan y convocan al transeúnte-. En el interior acomodarán sus miles de hojas entre mesas con rueditas y estantes, en variados y acogedores rincones, bajo cuadros de imponentes dimensiones y a la luz de una araña a tono con la arquitectura del siglo pasado que ostenta el local. Oliva, comandada por Natalio Rangone en Entre Ríos al 500, es una de las 150 librerías a conocer antes de morir según una prestigiosa publicación europea que la eligió tras una pesquisa planetaria (hay sólo tres argentinas, las otras dos ubicadas en Buenos Aires).

A contramano de los discursos apocalípticos que dan por sentada la extinción de las obras impresas a merced de las pantallas y la inteligencia artificial, o los que habilitan la destrucción del patrimonio histórico de las ciudades, en la planta baja de una bellísima casa antigua propiedad de la artística familia Vidoletti -arriba de un teatro subterráneo, al lado de un bar, con un hostel encima-, miles de libros seducen y logran su objetivo: encontrarse con los lectores. Bajo el influjo de la estrella de una poeta y editora que partió muy temprano, Gilda Di Crosta (1966/2019), la poesía gana un espacio de lectura y exhibición privilegiado. A este género los clientes lo buscan y lo llevan, también contrariando el apotegma de que los poemarios despiertan escaso

interés y ventas.

Sin tienda virtual pero con atención personalizada, Oliva aloja además una agenda de actividades culturales, sobre todo literarias, capaz de congregar fuera de toda estridencia a un público fiel. La propuesta independiente que arrancó en 2008 en otro local de la zona, a metros de la Facultad de Humanidades y Artes, no pasa desapercibida en Rosario y por lo que se ve tampoco en el exterior. La escritora y guionista norteamericana Elizabeth Stamp la incluyó en la guía *150 Bookstores You Need to Visit Before You Die* que lanzó la editorial Lannoo, de Bélgica. Allí destaca el espectacular edificio de 1915 conocido como La Casa de los Dragones que alberga a Oliva Libros, seleccionada entre otras cosas porque se puede “explorar por horas”. También elogia la decoración debido a su combinación de madera, detalles en hierro y ladrillos vistos (¿será por ese aire neoyorquino?), así como las lecturas de poesía y las conversaciones con autores que entre sus muros se desarrollan.

Sí, todo aquello a lo que el *mainstream* de la cultura (de mercado) le baja el pulgar ha sido ponderado por una especialista extranjera que en 2022 hizo un relevamiento internacional para sorpresa del mismísimo Rangone, rosarino por adopción y apasionado del objeto libro. En septiembre del año pasado lo contactaron por mail para avisarle, pero como el mensaje estaba en inglés lo consideró una cadena más y lo ignoró. Stamp insistió por redes sociales hasta que logró ubicarlo por WhatsApp. La decisión de



incorporar la reseña de Oliva a la guía ya estaba tomada. La novedad de la edición belga trascendió en marzo y se viralizó en una ciudad cuya imagen se recorta en un fondo negro de criminalidad creciente, donde se van perdiendo lugares para producir cultura. Así fue que se alegraron propios y ex-

Sebastián Vargas



En la planta baja de una bellísima casona antigua propiedad de la artística familia Vidoletti -arriba de un teatro subterráneo, al lado de un bar, con un hostel encima-, miles de libros seducen y logran su objetivo: encontrarse con los lectores

traños, y hasta el intendente Pablo Javkin envió una felicitación. Oliva, al igual que los futbolistas locales Messi, Di María y Correa, está entre las mejores del mundo.

Contento por lo que considera un reconocimiento, aunque apocado y humilde como siempre, Rangone lanza: “Yo creo que to-

das las librerías son lindas”. A la suya, que homenajea al eximio poeta y docente de Humanidades Aldo Oliva (Rosario, 1927-2000), dice que la armó “tres veces” con un toque muy personal. La primera data de 2008 y estaba ubicada en un reducto pequeño de Entre Ríos 548, precisamente frente al

actual. “Era medio retro, había sido sucursal de la Afip. Tenía esos pisos de goma que se usaban en los 90, chapa a la vista. Tuvíamos que ponerle onda para que quedara linda y había quedado muy bien, o por lo menos para mi idea de lo que quería hacer en ese espacio”, recuerda el hombre de 42 años oriundo de Lincoln, en la provincia de Buenos Aires.

No tardó en conocer a la dueña de la emblemática propiedad que hace esquina en San Lorenzo y le pidió que apenas se desocupara el local que lleva la numeración 579 le avisara. Lo tenía fichado –desde la vereda opuesta “lo miraba con amor”, admite– y se le dio por fin en 2016, cuando pudo mudarse. A esa configuración del emprendimiento la considera la segunda de su trío de Mamushkas, ya que desde su perspectiva la actual Oliva contiene a todas las precedentes. “Durante cinco años tuvimos cien metros cuadrados, ahora el doble”, explica. Es que cuando se transformó en el inquilino que tanto deseaba, el espacio se había dividido en dos. Fue vecino de una casa de venta de artículos de diseño, luego de celulares, hasta que la librería copó ambos recintos y volvió a derribarse la pared que estaba en el medio. “Tenía un depósito acá, mesas más largas”, señala cada detalle como si estuviera viendo todavía la versión anterior.

La ochava parece poseer algo de magnetismo en relación con el arte, la cultura, los encuentros. Donde desde la década del 90 está el bar La Sede otrora funcionó una librería de usados, con grandes mesas que Rangone no conoció

porque entonces no estaba en la ciudad en la que finalmente ha decidido afincarse con su familia. Por el bar donde *atendía* el Negro Fontanarrosa cuando se desplazó desde El Cairo, se bajaba a través de una regia escalera al café concert La Subsede –enclave de presentaciones de libros, ciclos de poesía y espectáculos teatrales y musicales–, y se pasaba al Cultural de Abajo. Ahora la entrada al teatro es contigua a la librería y La Subsede no tiene actividad.

La propietaria del inmueble es egresada de la carrera de Bellas Artes y si Rangone le acerca sugerencias de diseño y decoración se muestra proclive, revela él. En esa sinergia ocurre que la majestuosa lámpara del salón donde se desarrollan las lecturas y charlas –los invitados sentados en sillones de pana bordó con patas de madera– pertenece a la familia Vidoletti. En cambio “al mobiliario lo pensé yo, algunas cosas las improvisé y luego las hice con ayuda. Directamente comprábamos la madera y la montábamos”, rememora con los pies firmes sobre el piso de pinotea original, entre lo nuevo y lo viejo. “Tiene algo medio de galpón, por los techos altos y el hierro a la vista, los ladrillos”, define el escenario, al que completan grandes cuadros en altura, entre los que sobresalen los del artista plástico rosarino Daniel García. También se exhiben trabajos del dibujante Max Cachimba, de la grabadora Nélica Melé Bruniard, de Juan Grela, entre otros.

“De Melé hay dos. Ella y (su esposo) Eduardo Serón fueron muy buenos clientes desde el comienzo, en 2008. Vivían acá cerqui-

ta, en Mitre y Santa Fe, y venían juntos. De charlar, de venderles libros, les pude ir comprando algunas cosas para el local. Porque siempre tuvimos obras”, dice en su nombre y el de Luján, pareja y socia, además de fotógrafa. Completan el equipo su cuñado Carlos Lázaro y un nuevo librero muy joven, estudiante de bibliotecología y ávido lector, que ingresó en septiembre pasado.

Un cliente interrumpe la charla de una siesta lluviosa, en la que Rangone ha citado a **Barullo** calculando que es el momento en el que menos público entra a una de las 150 librerías del planeta Tierra que urge conocer antes de morir. ¡Es mundial, y está tan a mano! De regreso, el linqueño cuenta los planes de 2023 para el espacio de dos niveles (planta baja y entrepiso): traer más obras pictóricas, agregar bibliotecas, completar cosas que no pudo para la inauguración –cuando duplicó la superficie– porque justo sobrevino la pandemia. “Me gusta eso de que los libros se te vienen encima, como de mucha cantidad. Porque tengo para llenar estantes”, sonríe, aunque de momento no sabe cuántos ejemplares suma en total.

Hijo y nieto de luthiers, se apoya en el piano que le compró a una colega (Nuria Clérici, de Arde Libros) y que incluso a veces toca, aunque este es un dato extraído con tirabuzón a quien a los 18 años se fue a estudiar música a la Universidad de La Plata. No obstante, dejó inconclusa la carrera de composición y recaló veinteañero en Buenos Aires, donde trabajó en la tradicional librería Clásica y Moderna entre 2002 y

2005, aprendiendo el oficio de la mano de su mentora Natu Poblet. Tras un paso como empleado por la rosarina Homo Sapiens, abrió Oliva Libros quince años atrás. “Está afinado un semitono abajo, como muchos de los pianos viejos en esta ciudad que es tan húmeda”, acota antes de explayarse sobre otro de los encantos de Oliva: los recovecos.

“Me gustan mucho, esta cosa de poder meterse así atrás. El par de recovecos que tiene esta librería están más o menos controlados, para no perder de vista la situación”. Es que tal como reza la guía de Elizabeth Stamp, aquí la gente permanece por tiempo prolongado. Leen, revisan volúmenes, consultan, conversan, piden títulos. Para elegir tienen a mano literatura, psicología, filosofía, historia, sociología. De editoriales argentinas, españolas, mexicanas y chilenas. Y entre las nacionales, “todas las rosarinas e independientes de otras ciudades”. Felizmente, puede afirmarse que la gente lee.

Sin embargo, el contexto no ayuda: inflación, aumento del precio del papel, pérdida del poder adquisitivo de la población, libros más caros, dificultades de las editoriales para reimprimir. Así y todo Oliva no se rinde y espera que se trate apenas de una coyuntura. “Yo no leo todos los libros porque es imposible, pero sí intento ver el material que entra: cada semana entran libros, pedidos y cosas nuevas, y ese momento de abrir la caja es re-emocionante para nosotros”, confiesa Rangone con pocas palabras, pero no hacen falta más porque le brillan los ojos como a quien ha ganado un premio.



Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe

2022 | Bicentenario de la Bandera de la Provincia de Santa Fe
| Las Malvinas son argentinas

www.senadosantafe.gob.ar

**Todas las voces,
una misma provincia**



CÁMARA DE DIPUTADAS Y DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

**40 años
de democracia
Somos tu voz**



CONCEJO MUNICIPAL
DE ROSARIO



La experiencia radial de Pablo Feldman, la usina musical y un disco de rock-pop

Por Juan Aguzzi

RADIOACTIVIDAD / RADIO

Siempre el segmento temprano de las mañanas radiales resulta un caballito de batalla –aunque no el único– para las emisoras, puesto que en su compañía se abre el día de los



oyentes y una buena dosis de información general en todas sus aristas posibles ya resulta más “despertador” que un café cargado. Pero no todos esos segmentos son iguales; hay sólo algunos que logran cierto magnetismo en la disposición de sus segmentos y el contenido otorgado a cada uno, es decir, en la selección de temas y recortes que editorializan el programa. Radioactividad es uno de esos envíos, podría decirse uno de los más efectivos en su especificidad, sobre todo por su agenda y su perspectiva para mirar la realidad, sustancia de la que se compone su estructura. El experimentado periodista Pablo Feldman conduce e insufla la dinámica necesaria para que Radioactividad tenga un perfil definido por un lugar tomado desde donde se informa, se analiza y se reflexiona sobre los distintos aspectos que van tejiendo –a veces de forma esquiva, injusta, inquietante o, por qué no, otras también de formas apacibles– la trama de hechos y sucesos que afectan o modelan esa realidad. De esa manera, con un tono ameno e informal y sagaces toques de humor, la precisa voz de la locutora y periodista Patricia Dibert –quien actualiza la nutrida cartelera de espectáculos que tienen lugar en la ciudad–, los aportes de Javier Di Nápoli y Juan Giosa en los comentarios deportivos, institucionales, coyunturales y la vital conducción de Feldman, Radioactividad se erige en una propuesta siempre renovada –ya lleva una buena cantidad de temporadas al aire en distintas emisoras– y con mucho gancho, que mira desde otra orilla y no esgrime la nociva letanía de la mayoría de los envíos de su tipo cuando tiran fake news al blanco o defienden, sin más, los privilegios del establishment; hay aquí un punto de vista que se ejerce sin pruritos y apunta a develar aquello que a veces luce

velado o decididamente oculto, y trata de ponerse en cuestión con manifiesta honestidad. Opiniones, política y sociedad, música y cultura, encuentros y resultados deportivos, y enfoques y análisis del politólogo Diego Añaños van conformando una agenda ecléctica sobre temas candentes e inevitables. Y hasta pueden escucharse, como cortinas, grandes éxitos del rock de la mano de las bandas más señeras del género. Por Radio Universidad, de lunes a viernes desde las 6.30 hasta las 9.

LOS ACÚSTICOS DE LA USINA / VIVO / AUDIOVISUAL

Una nueva y atractiva propuesta es la que ofrece La Usina Social, uno de los espacios culturales que pueblan la zona de Pichincha



y donde han tenido lugar presentaciones de buena parte de bandas o solistas locales. Se trata de un ciclo denominado “Los acústicos de La Usina” en el que participan músicos de Rosario y la región, algunos menos conocidos o emergentes y otros ya favorecidos por un público amplio y con años de trayectoria en sus espaldas. Si bien el espacio de La Usina propiciaba una cercanía de los artistas sobre el escenario con el público, en este proyecto, la disposición de los músicos en cruz, un sonido semiacústico y la gente alrededor de la “escena” consiguen un efecto de proximidad y permiten observar los detalles de la experiencia musical de un modo directo. Cada uno de los shows se graba para luego ser exhibido a través de las señales Somos Santa Fe y los YouTube de La Usina y de los artistas convocados. Un plus de esta propuesta es la participación de emprendedores rosarinos en productos innovadores y con sello bien local. Se trata de quienes fabrican o distribuyen (de fábricas también locales) cervezas artesanales, vermouths, helados, gin, que son degustados

cada noche para acompañar la música. Hasta aquí el formato tiene estos ribetes funcionando juntos que decantan por lo menos en una oferta inédita, pero tal vez lo más sobresaliente es el clima generado en cada sesión en vivo, donde los músicos comentan, refieren, recuerdan, aluden, entre cada tema, detalles de las canciones o de los compositores que las crearon (cuando no pertenecen al artista en escena) y el público alrededor asiente o se satisface al enterarse de algunos detalles desconocidos. Si el espectador está in situ, sólo tendrá que mirar a sus costados o notar en él mismo esa particularidad, si lo ve por algunas de las señales mencionadas, tendrá una panorámica más global de esa lúdica. Y si lo ve en la pantalla podrá divisar un zócalo con el nombre de los temas ejecutados y separadores con la trayectoria del o los músicos y con las colaboraciones musicales o con aquellos sucesos que marcan un hito en su historia. A modo de inserts, los emprendedores convocados en cada ocasión hablarán de sus productos y de su forma de elaboración, destacando esa mixtura entre la música y los productos artesanales como un maridaje de prometedor futuro. Sobre el cierre, algunos de los concurrentes dan detalles de la experiencia vivida y no suelen ser pocos los que agradecen la calidad y eficacia de lo escuchado. En la primera temporada del ciclo estuvieron Mamita Peyote, Nahuel Marquet, Manu Piró, Juani Maidagan Trío, Carito Miino, Juago y los Atlético, Emanuel Marquiere y El Vengador del futuro, y Dani Pérez. Para la segunda, ya tocaron Barfey y Musgo, dos artistas emergentes con propuestas de gran calidad sonora. En la producción general está Horacio Ríos y en la realización audiovisual Franco Ferpozzi y Germán Catafesta.

“NO ERA II” / DISCOS

En la ciudad siempre se produce, se compone buena música; hay bandas, solistas siguiendo un derrotero, un camino trazado por el buen gusto, la experimentación, la búsqueda para correrse un poco de lo impuesto y que, aunque se elija algún género desde donde expresarse, no oculta la necesidad de ir siempre un poco más allá. Uno de esos músicos es Atilio Basaldella y No era II, su último disco, lo prueba fehacientemente porque cuenta con una playlist rítmicamente diversa, dinámica, con letras pulidas e irónicas acoplándose (o acomodándose podría decirse) eficazmente a cada una de las propuestas musicales ofrecidas en los temas. En este disco Basaldella hace gala del rock-pop que caracteriza



su música, pero también alterna con un animado chamamé (en el tema que da nombre al álbum), con la electrónica (el tema Triangular) y el rock and roll afinado de guitarras modélicas (en el track Churrero), todo con una concepción sonora y estética de audaz frescura y muy desarrollada. Basaldella ya ha adquirido experiencia después de andar caminos musicales desde fines de los 90 del siglo anterior. Fue tempranamente parte de Preguntale a Jorge y Los Juguetes, dos formaciones imbuidas en el rock, en la música rioplatense y en el folclore argentino y luego se armó como solista –a menudo con algún otro músico– para tocar en salas alternativas, en centros culturales y hasta en la peatonal Córdoba. Seguramente ese pasaje temporal cargó de creatividad sus pilas porque luego iría desplegando una serie de canciones cultivadas con paciencia, sagacidad y arreglos originales. Fue el tiempo de No era, el antecedente del disco objeto de esta reseña –que tocaba en vivo con la banda Extraño Trío (como uno de sus integrantes) y de Atilio y los Alimonados cantan Lorca, otro disco lírico y encantador con poesía musicalizada del poeta español. En el anteúltimo In the System el hip-hop y el reggae tiñen las texturas de buena parte de los temas. Pero Basaldella va por más y en este No era II genera un universo cohesivo de canciones muy bien estructuradas y un uso perfecto de los recursos vocales, con climas armoniosos y espíritu aventurero, esto último como definición probable de una búsqueda de impacto emocional con persistencia rítmica sobre letras conformadas con una poética de un registro juguetón y corrosivo para cifrar una realidad siempre cargada, incluso cuando suena dance, como en el track Cristel. Como demostración de su crecimiento exponencial, Basaldella esgrime su inconformismo como síntesis de su imaginario en Se van Divan, una balada introspectiva e histriónica, muy contundente en su simpleza. En el rotundo y nostálgico Balada en vísperas, otra canción en la que parece combatir sus fantasmas desde el rescate de las canciones y de los sueños como un refugio, una viola acústica colorea los acordes y otra eléctrica, luego, los pasajes descorazonados en una deliciosa ráfaga rockera, mientras “...sobran las palabras...” como proclama el estribillo. A la inspiración hace reconocible y disfrutable en sustanciosa melodía una adicción deseable, sobre todo para un compositor de canciones que ansía una continuidad natural de los momentos de iluminación, que aparecen para dar discos como este. En No era II Basaldella toca guitarra eléctrica, canta y hace coros además de escribir las letras y componer la música. Pero no está solo para lograr esta contundente y estilizada travesía sonora. Lo acompañan Adrián Taka Carlesso en baterías acústica y programada; Lucas Tur en guitarra acústica y eléctrica; Martín Pendlebury en teclado; Ezequiel Tutu Filidoro en bajo, y Ramón Merlo en mezcla y mastering.

Foto: Alejandro Guerrero, de la serie "Al paso con celular"



Viaje indeseado

Por **Sebastián Riestra**

Adonde voy no podré
llevar libro alguno; tampoco
mi querida petaca
llena de buen escocés
(o lo que sea). No: adonde voy
no admiten nada que no sea
el cuerpo, el propio
y desvalido cuerpo, desnudo,
solitario. Te dejan entrar
sólo con él, o lo que quede
de él. Y es una pena, porque

ya no recuerdo de memoria
mis poemas y entonces no podré
decirlos en voz alta sin la ayuda
de un papel, al menos. En fin.
No tendré más
remedio que callarme, entonces,
delante de la muerte
y me entristece, porque acaso
le gustara mi poesía y el silencio
ya durará demasiado
luego. Pero esas son las reglas.
Adonde voy

no hacen excepciones.



+2 millones accedieron a cloacas y agua segura por primera vez

Detrás de ese dato,
más argentinas y
argentinos mejoran sus
condiciones de vida.



*primero
la gente*



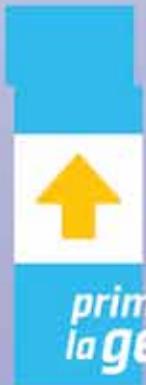
Argentina Presidencia

Ministerio de
Obras Públicas

Finalizamos
+3.200
obras
en todo el país

mapainversiones.
obraspublicas.gob.ar

Detrás de ese dato
mejoramos las condiciones
de vida de millones de
argentinas y argentinos.



primero
la gente